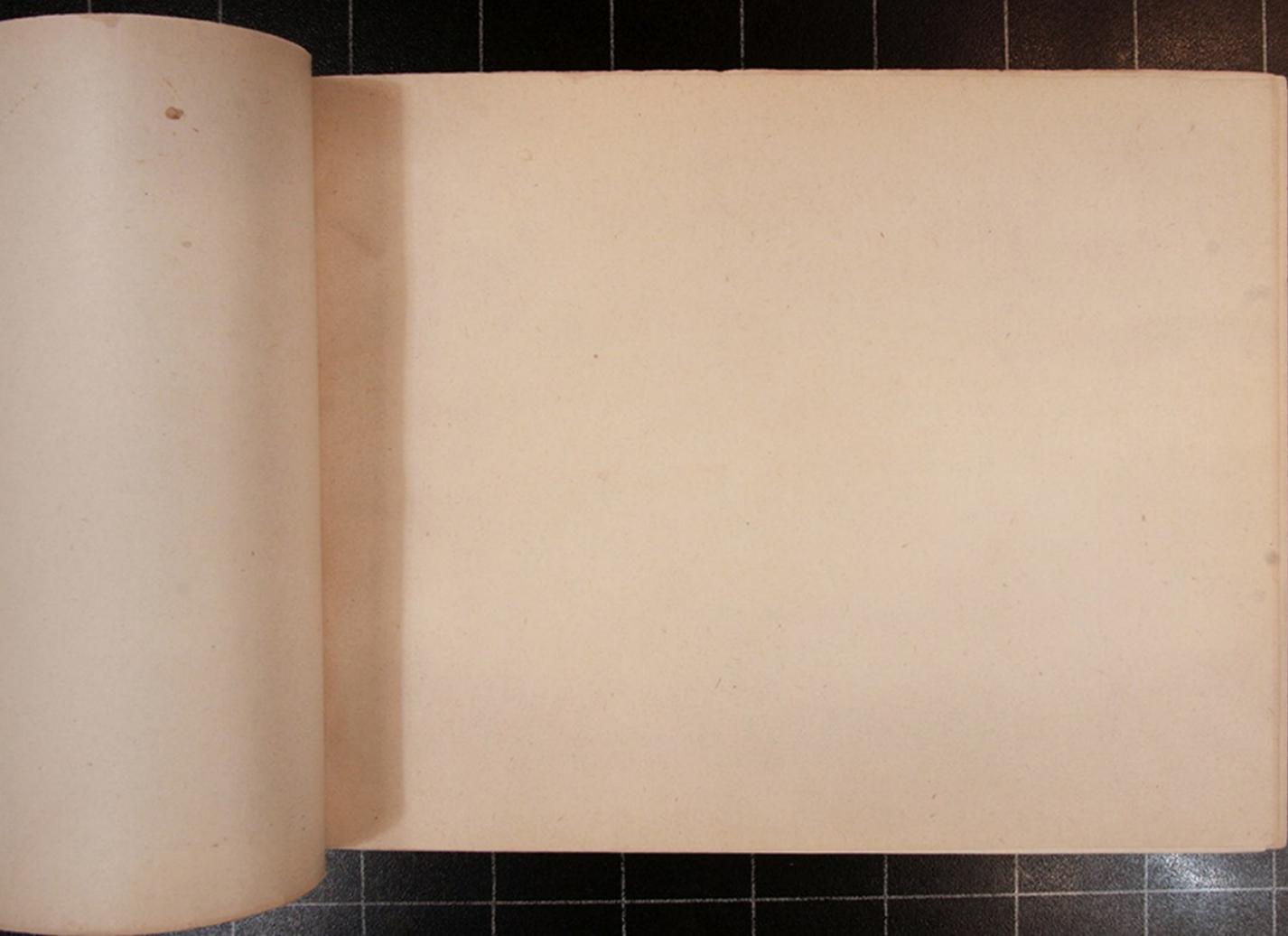


0





Notas sobre lo ocurrido al Tesoro Artístico Nacional durante nuestra guerra, dentro de España y después en el extranjero, desde el año 1.936 al 1.939, referido por Don Manuel de Arpe y Retamino, entonces Restaurador-Conservador, por oposición, de Obras de Arte del Estado. Ahora Restaurador Titular, por oposición, del Museo Nacional de El Prado y excedente voluntario del anterior Cargo mencionado.

don de fechas, a los sucesos acontecidos en presencia de
el que los relata, contados a manera de "diario" sin
para que se pueda de recordar tales sucesos.

El presente Relato, con ser tan largo, no detalla,
sin embargo, cuanto transcurrió durante nuestra guerra,
con respecto a las vicisitudes de nuestro Tesoro Artís-
tico Nacional, por cuanto se refiere exclusivamente a
lo vivido en su contacto por el que lo refiere. Las de
más aportaciones necesarias para formar su historia com-
pleta y cierta, sin deformaciones, podrían hacerlas los
que pudieran responder de su verísimo como testigos pre-
senciales de otros hechos complementarios de los que a-
quí se citan. Lo que aquí se menciona se reduce, en ór

den de fechas, a los sucesos acontecidos en presencia de el que los redacta, anotados a manera de "Diario" sin otra finalidad que la de retener tales referencias como efectivo reflejo captado de situaciones y episodios, en los que en muchos tomó parte, en razón de su cargo oficial del cual dimanó el ser requerido, en ejercicio de su función, como Restaurador--Conservador de Obras de Arte. No parte, pues, de la pretenciosa idea de señalar proezas, ya que el cumplir con el deber nunca lo fué, y aunque en algunas situaciones tuviera la satisfacción que este cumplimiento dá al que lo realiza, el darlo luego a conocer parece disimulada inmodestia, en desacuerdo con los sentimientos y normas de los que siente el firmante. Así,

conviene explicar la razón de hacerlo: Parte, del conocimiento que de ello tuvo el Excmo. Sr. General Millán-Astray, por la gentileza y el honor grande que me hizo al tomarse la molestia de leer mis notas en mayo de 1.947.

No transcribo la tan cariñosa carta que entonces me dirigió el laureado General, después de la lectura, por la debida y explicada modestia; ni tampoco la puedo comentar en alguna de sus partes para no molestar la natural sencillez de el que la escribió; mas, no obstante, no puedo silenciar de tan valioso documento, la emoción profunda que me produjo.

De tal motivo se ha derivado el presente: El Sr. General me quiere nuevamente favorecer al desear que es-

ta versión la haga con su generoso propósito de que ello sea conocido de sus amigos.

Su texto, como ya se indica, no está como para ser publicado; lo que en tal caso habría de ser objeto de la natural recomposición transformándose los dichos espontáneos a una cuidadosa redacción, pero el presente puede servir al objeto de una anticipada información porque se ajusta a la realidad, en todo, aunque esté mal expresado.

Por último, como seriedad inherente a esta clase de relatos, para respaldar lo que aquí se dice, juro por mi honor que lo referido es cierto, como asimismo, si se contiene algún error o alguna omisión, también en la misma forma juro que no es voluntaria por parte de el que esto

firma a su final, con fecha primero de agosto de mil no-
vecientos cuarenta y nueve.

Resumen de mi actuación, con respecto al Tesoro Artístico Nacional, desde que comenzó la guerra - 18 de julio de 1.936 - hasta meses después de su final: el 9 de setiembre de 1.939, que fué cuando terminé en este contacto.

De mis incidencias personales serán eludidas todas aquellas que no tengan una razón de conexión con los hechos de interés general; y de estos hechos, algunos he olvidado o perdido sus notas y otros no los transcribo por temor a no reflejarlos con exactitud por falta de algunos datos complementarios extraviados también.

Para no aumentar el volúmen de esta narración, no se transcriben en ella sino los indispensables documentos de los que poseo.

R E L A T O.

Cuando comenzó el Movimiento vivía con mi familia en Aravaca. En la época anterior, normal, me desplazaba a diario desde tan cercano pueblo para acudir a desempeñar mi Cargo, pero al comenzar la agitación quedamos incomunicados y sujetos a las impaciencias naturales de lo desconocido.

Dominada la primera indecisión, unos cuantos amigos nos arriesgamos y nos vinimos andando hasta que encontramos tranvías en Puerta de Hierro. Tuvimos la suerte de que ni en este primer día ni en los sucesivos, en que veníamos a diario, se nos molestara por la carretera

solitaria de La Coruña, en la que nos era corriente ver pruebas dolorosas de lo que estaba ocurriendo. Mas adelante pudimos utilizar los autobuses que pusieron sustituyendo con ellos los coches de línea que, sin duda, fueron requisados.

Me era necesario estar cerca del lugar de mi trabajo oficial y consideré la conveniencia de que nos viniéramos a vivir a Madrid. No era nada fácil obtener el necesario permiso del "Comité" formado en el pueblo, para salir definitivamente del mismo los que estábamos inscritos como vecinos, pero se me otorgó. También por otro conducto conseguí un coche de la Dirección General de Seguridad para con un poco de garantía hacer el viaje toda

la familia reunida. Mas dejamos la casa tal y como estaba, sin traerme absolutamente nada de lo que tenía, por distintas razones: la fundamental, el imposible de traerme mis imágenes antiguas y objetos de culto coleccionados tales como cruces, incensarios, lámparas, cuadros, libros etc. etc., delatores todos de sentimientos tan perseguidos entonces, o, en otro caso, dar la sensación a los Controles inevitables del camino de que salvaba cosas de algún templo: ambos motivos mas que suficientes para no seguir un paso más de donde lo descubrieran. Y al abandonar lo que era más valioso y querido, para qué traer lo demás y en fin de cuentas, sin sitio en Madrid para guardarlo.

Quando vuelva no habrá ni el menor indicio de lo

dejado, ni incluso la casa. Ya lo pensé cuando cumplí con el simbólico acto de echar la llave, al partir, y dar una ojeada al impreso pegado sobre la puerta en el que se recomendaba al "Pueblo" que allí se contenían obras de arte que "por ser de todos" se debían respetar: fórmula graciosa que nada garantizaba en estos casos aislados. Después tuve noticias inconcretas, que no recuerdo ni quién me las dió, de que pusieron una guardia de milicianos para que nada fuera tocado.

x
x x

Cuando pasado quizás un mes del 19 de julio de 1936,

en el Museo de El Prado se había nombrado un Responsable entre los celadores. Resultaba ser la autoridad superior de la casa.

Un anuncio hecho a máquina y fijado en la puerta del Cuerpo de Guardia, exponía, en su literatura patriótica, que todos debíamos acudir a inscribirnos como voluntarios para defender la "causa". Estaba redactada la advertencia o recomendación, en términos tales que no tuvimos más remedio que acudir a dar nuestros nombres en un edificio de el Paseo de Recoletos.

Funcionarios de todas clases hacían largas colas en las que formamos. Se nos tomó la filiación y a cada uno, según sus características, se le destinaba a un grupo cu-

ya composición era una clase de Arma.

Por mi parte alegué imposibilidades físicas y se me destinó a servicios de Sanidad; 6º Grupo, me parece que era. Por último, se nos comunicó que oportunamente nos avisarían a domicilio.

Pasados algunos días, me visitó en casa un señor, creo que maestro, que, según me dijo, era el Responsable de un número de diez, para avisarme que fuera a un mitín que se celebraba en el Monumental Cinema y en dónde se proyectaría una película hecha en Rusia, llamada "Los marinos de Crostand", para lo cual me dió una invitación. Acudí, escuché a los oradores y ví la película.

Cuando pasó más tiempo - y hablo de mi caso parti-

cular -, se me avisó para que acudiera al edificio de la Escuela de Sordomudos que se encontraba en el Hipódromo (Madrid). Se nos reunió en un local del mismo a los que estábamos clasificados en el 6º Grupo; se nos hizo una alocución sobre la forma constructiva de aquel Cuerpo y se nos dió a rellenar una ficha, la cual tenía, además, una casilla para que se anotara el puesto que deseaba ca da uno. Yo puse servicio de vigilancia en algún Museo. No me avisaron mas.

No sé como fué promovido, pero algún tiempo después llegó una comunicación dirigida al Sr. Tamayo, Secretario del Museo, con una lista de los Restauradores, Forradores, y creo que otros funcionarios del Museo de El Prado, en

la que se decía, poco más o menos, que los individuos citados merecían toda la confianza y se destinaban a que hicieran guardia en el Museo, en el sentido de acudir a cualquier siniestro que ocurriera, para que protegieran las obras de arte. De ello se nos dió un certificado.

Coinciendiendo aproximadamente con ésto, con un sentido de protección para que no nos cogieran para otras cosas, el Presidente entonces de la Junta de Defensa del Tesoro Artístico, Don Carlos Montilla Escudero, nos dió un documento con fotografía a cada uno de los que forman el Cuerpo de Restauradores y Conservadores. El mío dice así: "Carlos Montilla Escudero, Presidente de la Junta

"de Defensa del Tesoro Artístico, certifico: Que Manuel de Arpe y Retamino se halla prestando servicios en esta Junta, como Conservador del Museo de El Prado; y para que conste expido la presente en Madrid a 28 de octubre de 1.936.- Firmado y sellado con fotografía".

Con el certificado anterior y con éste, ya podía transitar más tranquilo por las calles.

También el Museo del Prado nos expidió una tarjeta de identidad.

x

x x

Era por octubre de 1.936 cuando se inició la salida de los cuadros destinándolos a Valencia. Aster, Sousa y

Alberti con María Teresa León, empezaron a escoger, sobre todo esta última, los cuadros que consideraban como mejores para ser salvados.

Por la forma precipitada de hacerlo, los primeros embalajes que se utilizaron, de cuyo cometido se encargó la Casa Macarrón de Madrid, fueron cajas viejas y grandes que existían en el Palacio de Exposiciones del Retiro (Madrid) como desecho de las exposiciones que allí se habían celebrado de pinturas modernas. En esas cajas, sin dimensiones adecuadas, por cuanto se trataba de aprovechar las para este caso, recibían los cuadros que mas se acomodaban a su tamaño, resultando con frecuencia que sobran espacios grandes en su interior y se disimulaba este defec

to por la habilidad de los embaladores que trabajaban a las órdenes del citado Macarrón, persona muy acreditada en esta especialidad.

Bien porque esta labor se estimara como lenta o bien porque apremiaba el tiempo, se aceleró el trabajo y se empezaron a construir cajas nuevas cuando habían transcurrido algunos días de lo anotado. Porque, además, parecía ahora, como si se quisiera aumentar el número de cuadros para enviar. A los que interveníamos se nos propuso, incluso, que una noche nos quedáramos en el Museo y a un número grande de los Celadores para que ayudaran. Nos llevaron a cenar a un local del V Regimiento. Para ahorrar tiempo dispusieron que salieran cuadros sin em-

balar y así se hizo.

Me empezaron a formalizar los envíos y salieron algunas caravanas de camiones para Valencia, acompañadas de un Responsable cada una.

Fué entonces cuando se me requirió para que yo saliera para Valencia, sin duda para que arreglara el desperfecto ocurrido a un cuadro durante estos traslados. El cuadro era "El Conde-Duque de Olivares", obra de Velázquez, y el desperfecto, la entrada de agua en forma de chorreones que hizo precipitar la resina de su barniz. También en este viaje salió conmigo Tomás Pérez, el Forrador del Prado. Mi salida de Madrid fué el 26 de diciembre de 1.936.

Los cuadros embalados se ponían en camiones en la puerta del Museo y todos éstos se reunían en la Academia de San Fernando de dónde salían de madrugada por medio, decían, a la aviación.

El Sr. Pérez-Rubio, Subdirector por entonces del Museo de Arte Moderno, salió para Valencia, también, unos días antes porque empezaba a interesarse en estos traslados, desconociendo por mi parte la clase de atribuciones que tenía en ello. A mi, las que me dieron, fué la de interesarme por la conservación de los cuadros.

Entusiasmado con esta idea llegué a Valencia pensando que yo directamente podría disponer lo que creyera mejor para ellos. No fué así. Cuando pedí nota de lo lle-

gado despertó extrañeza mi pretensión. Yo, que durante el viaje había trazado proyectos, comprendí que mi opinión sería siempre secundaria. Con más dolor ví ésto cuando me apercibí que no eran muy entendidos los que disponían en ello. Mi equipaje, incluso, fué sacado de las Torres de Serrano, en dónde provisionalmente lo guardé, y fué puesto en la puerta del edificio, dentro de la reja, sobre un montón de materiales de albañiles que hacían obras en las Torres, poniendo sacos de tierra sobre sus terrazas como protección, de dónde no se lo llevaron por pura casualidad, y me desalentó este trato.

En los primeros días de enero de 1.937, ya instalado en Burjasot, pueblo cercano a Valencia, y formalizado

mi traslado con orden del Ministerio, empecé a enterarme de que las obras que llegaban se guardaban en tres lugares, a saber: Torres de Serrano, Iglesia-Colegio del Patriarca y un Banco; en este último los cuadros más importantes llegados sin embalar, entre los cuales estaban obras de Velázquez, de Tiziano, etc.

Dándo la espalda a Valencia, mirando a las Torres, era en la de la izquierda donde se depositaban las cajas y una cantidad de cuadros sin embalar. En la de la derecha, se empezó a guardar posteriormente los cuadros del Museo de Valencia y algunas de nuestras cajas. Se les había colocado una puerta más de hierro con cerraduras inglesas.

Pronto la dirección absoluta de todo el movimiento

la asumía Pérez-Rubio.-

Por enero, en unas condiciones pésimas, arreglé lo que se podía hacer así del cuadro "El Conde-Duque de Olivares".

A continuación se empezaron a hacer cajas - ya hablo de Valencia - para los cuadros que no las tenían y también se guardaron los que estaban en una caja fuerte del Banco que, por cierto, en muchos de ellos se habían producido hongos por efecto de la humedad.

Me parece que fué en el mes de marzo de 1.937, cuando se me encomendó que hiciera unos planos fijando en ellos la situación de cada caja de cuadros dentro de las Torres de Serrano (Valencia), lo cual hice con muchas di-

ficultades ya que habían sido amontonadas sin reseñar las ocultas; porque sí es verdad que habían hecho ya ellos un croquis, pude comprobar que no se ajustaban a la exacta situación y era una confusión completa. Todos los días buenos se abrían las puertas para que se renovase el aire y saliera la humedad.

Con idea, por mi parte, de que se llevaran las cosas con la mayor claridad, le propuse entonces al Sr. Pérez-Rubio que se hiciera una ficha por cada cuadro de los que se recibían, en dónde constara el sitio en dónde se guardaba, su estado de conservación y cuantas incidencias se relacionaran con el mismo. Le pareció muy bien la idea agregándome que él también lo tenía pensado así y me encargó la confección del original para encargar las

fichas. Lo hice, le gustó y se encargaron.

Llegó el 5 de abril, en cuya fecha se creó la Junta Central del Tesoro Artístico, de la que el Sr. Pérez-Rubio fué, desde entonces, su Presidente. Y por esta época se empezaron a rellenar las fichas y en un libro a reseñar el inventario detallado de todo. A mi, afortunadamente, no se me hizo Vocal de la Junta, a pesar de estar tan indicado. Tuvo en principio un local en la Biblioteca de la Escuela de Aldeanos, en la calle Pintor Sorolla 12. Una máquina de escribir y el fichero que se empezaba a formar, era todo lo de aquella primera oficina. De mecanógrafa estaba la cuñada del Sr. Pérez Rubio, Srta. Blanca Chacel; de Secretario, Don Mariano Orgáz, arquitecto y

pintor, y otros Vocales que desconocía sus nombres, entre otros el Sr. Carriazo, Profesor de la Universidad de Sevilla, y Don José Giner Pantoja, el cual empezó a producirse entonces con gran actividad por la conservación del Tesoro. Entonces también se crearon las Juntas Provinciales que dependían de esta Central.

Empiezo a ver desde entonces cómo llegan de Madrid, de vez en cuando, expediciones de cuadros perfectamente embalados, y aparece un nuevo señor checoslovaco, llamado Tomás Moloňay, (suena así el apellido pero no sé si está bien escrito). Este acompaña siempre a las expediciones como Responsable, muy apercebido de su autoridad. Estos cuadros que van llegando, se van depositando en las

Torres de Serrano y en la Iglesia del Patriarca.

Desde que se creó la Junta y los detalles se van puliendo, se pone en las Torres una guardia de Carabineros y en el Patriarca no hay que ponerla, porque ya existía una de milicianos mandada por un Cabo, guardando aquel edificio de los pocos, si no el único, que quedó por quemar en Valencia. Hay dos banderas en él: una la oficial y otra de la F.U.E.

Por este tiempo se comienza la labor de ir abriendo las cajas de los cuadros que más atención merecían, para darse cuenta de su estado, no apareciendo nada grave. Algunos por efecto de la humedad, aparecían pasmados. Pasmado es que, por efecto del frío o cambio de temperatura,

sus barnices se precipitan y la resina de los mismos adquiere, más o menos intensamente, un color ceniza. Es corregible. En general, cuando ésto se hizo en un periodo grande de tiempo, todo apareció bien.

Llegan entonces a Valencia dos señoritas bibliotecarias que el Sr. Director de la Biblioteca Nacional en Madrid, no recuerdo el nombre, les ordenó revisaran las cajas de los libros traídos de dicho lugar y que también se depositaron en las Torres. Acuden casi todos los días, se les abren las cajas, toman notas, y se guardan de nuevo.

Mas adelante llegan en camiones, sin embalaje, los tapices que se guardaban en el Palacio Real de Madrid y

otros de algunos conventos como son los de las Salesas y la Encarnación, además de otros incautados y alfombras, algunas sin valor. Se depositan en el Patriarca y con todo primer se les extráe el polvo con aparatos eléctricos, se les pone alcanfor y se doblan con perfecto cuidado, operación que tarda algún tiempo porque, además, se clasificaron. Los del Sr. Duque de Alba, que también los veo aquí e ignoro cuando ni cómo llegaron, se les concede toda la atención que merecen, e incluso después de ser bien arrollados, se les hace un soporte de madera para que no descansen sobre sí mismos. Estos tapices de la colección Alba se guardan aparte, en una capilla en dónde también se guarda la colección de pinturas de esta Casa.

Se comienzan en este verano de 1.937, varias obras para aumentar la protección de todo lo llegado a Valencia, dirigidas por el arquitecto Sr. Vaamonde y realizadas por el maestro de obras valenciano, llamado Alvadie. Estas obras son las siguientes:

En la Iglesia del Patriarca se fortifican con cemento, hierro y sacos, las cúpulas de dos capillas, cerrándolas en todo su frente por el interior de la Iglesia, excepto una pequeña puerta de madera que se le pone para poder penetrar después que estuvo llena con grandes cajas de cuadros y los tapices a que me refería anteriormente, que fueron metidos en cajas de madera. Desde luego, las grandes cajas que contenían los cuadros no se hubieran podido sacar sino derribando el muro nuevo aludi-

do. Aquí también se fortifica otra capilla, a donde pasan algunos cuadros de la colección Alba que estaban en la ya descrita.

En las Torres de Serrano se fortifican sus bóvedas con una nueva y superpuesta cúpula de hormigón, lo cual motivó cierto litigio con las autoridades artísticas de Valencia que no lo querían consentir por tratarse de un monumento nacional, al que le caería muy mal el antiestético cemento, para lo cual se decide que así sea pero tapiando cierto vano de un arco para que no se viera desde la calle. Estas obras son costosísimas y se tarda tiempo en hacerlas. Además, en la torre de la derecha, destinada a almacenar el contenido del Museo Provincial de Valenu

cia, se le hace un recio piso intermedio hecho de madera para desplegar en él los tapices encerrados hasta ahora en cajas y conservarlos así mejor.

Por mayo, creo, de este 1.937, el Ministerio de Instrucción Pública se pasa de su lugar provisional en la Universidad de Valencia, a la calle Paz 41; una nueva casa de pisos en que aún no han terminado los pintores y los carpinteros. En dicho local se le reserva un salón y otras dependencias a la Junta, con cierta suntuosidad.

La labor, mientras todo este periodo, continua como se comenzó: ordenando y haciendo fichas e inventario de lo que hay reunido. También se han ido guardando en cajas que se han ido haciendo, los cuadros que vinieron

sin ella.

Llegó a principios de verano, una Comisión inglesa para ver cómo se guardaba nuestro Tesoro y se abrieron en su presencia las cajas de algunos cuadros y especialmente las que contenían tablas, para que vieran su embalaje interior hecho de guata y papeles impermeables. También les enseñaron las obras de fortificación.

Por el mes de julio de 1.937, aproximadamente, según recuerdo, el Sr. Pérez- Rubio sin delegar su cargo de Presidente, pasó interinamente a sustituir en su ausencia al Director General de Bellas Artes, Sr. Renau; interinidad que duró quizás todo el verano.

Por entonces se empezó la preparación de una exposi-

ción de cuadros que iba a realizarse en Paris, con los mejores de los del Museo del Prado y otros de distintas procedencias, como Academia de San Fernando, de Madrid, Museo de Valencia, Museo Cerralbo, de Madrid, Religiosas de la Encarnación, de Madrid, etc.

Los que habían llegado de Madrid bien embalados que daban en sus cajas, y los que había que extraer de otras, - en la que quedaban algunos que no irían -, se les hizo cajas nuevas bastante bien hechas y forradas con impermeable como se venia haciendo ya con cuantos se embala**ba**n. Pues era evidente que la Junta no regateaba nada que supusiera un atento cuidado para las obras por costosas que fueran las precauciones.

Todas las cajas enviadas del Museo del Prado traían una numeración romana correlativa, en negro, excepto algunas de las que primeramente llegaron cuando intervenía Teresa León; intervención que duró, creo, hasta mediados de diciembre de 1.936.

Para evitar confusiones y para que se destacarán entre las otras, las cajas que saldrían para París se les hizo una numeración correlativa arábiga, con pintura roja, precedida de una P. Tanto las cajas hechas nuevas, como las que se remitieran según vinieron del Prado con marca romana, recibieron esta marca roja precedida de la aludida P que quería decir París.

Un mes creo que se tardó en preparar toda la remesa. Se precintaron con un precinto que se hizo la Junta y, por último, mandaron pintar las cajas por fuera con una pintura especial contra incendios. La pintura, cuando llegaron los barriles desde Fancia, ví que era sencillamente silicato y no creí en absoluto en su eficacia como hice saber. Les costó miles de francos.

Toda la expedición estaba ya resuelta y esperábamos sólo para salir el que nos prepararan los pasaportes y que llegaran los camiones especiales franceses que lo transportarían, lo que sería de un día a otro. Anteriormente se habían medido las alturas de los arcos de los puentes en todo el trayecto, para, al cargar las cajas grandes, tener

lo en cuenta.

A los cuatro o cinco días de estar todo dispuesto y esperando salir de un día a otro, se suspendió la salida; no sé lo que ocurriría porque a mi no se me comunicaba nunca nada que fuera del seno de la Junta, tanto que incluso cuando tenía que acudir a su local, se me hacía esperar en el pasillo hasta que me daban la orden de pasar; pero el caso fué que la suspensión de salida para Paris fué definitiva aunque en principio se me diera a entender que era por un corto tiempo.

Por el otoño de este año 1937, decidieron que me pusiera a restaurar unas tablas procedentes del retablo de la Catedral de Cuenca, y se me habilitó un local en

la Iglesia del Patriarca.

También se habían traspasado ya a las Torres de Serrano los tapices; y los cuadros del Museo de Valencia también estaban allí.

x

x x

Hemos llegado a marzo de 1.938. Era cuando las operaciones militares amenazaban cortar por Tortosa.

Inesperadamente, para mi se entiende, una tarde a última hora acuden a las Torres unos Jefes militares que empiezan un diálogo con el Sr. Giner que estaba en ellas. Creyéndolo por mi parte una visita y que se referían a algo sin importancia, al acercarme, porque el espacio libre

era muy pequeño, fui bruscamente apartado por la mano del Sr. Giner.

Se marcharon al poco tiempo y el Sr. Giner me dice: "Prepárese para salir esta noche para Barcelona; esté usted aquí a las diez de la noche". No tenía náda más que dos horas para ir a Burjasot, cenar y prepararme y el tranvia tardaba media hora en el trayecto.

Dejé a mi familia instrucciones para que en unos días arreglaran las cosas y me siguieran, y llegué a las diez de la noche a las Torres. En ese momento había un hormiguero de soldados sacando las cajas y gran número de camiones las recibían. Allí estuve hasta la una de la madrugada que terminaron. En ningún camión me dejaban sentarme con el conductor porque iba un soldado de escolta.

Los camiones iban saliendo y Giner ya se había marchado al Patriarca para hacer lo mismo. Entonces me dirigí, en medio de aquella obscuridad, a uno de los que disponían todo aquello, que se llamaba Colina. Colina era un Teniente vestido siempre de cuero negro y sin insignias que tenía la completa confianza de la Junta. Le conté lo que me pasaba, o sea que el Sr. Giner me mandaba a Barcelona unido a esta expedición y que no encontraba a ningún chófer que me quisiera llevar. "Pues métete ahí", me dijo - era la segunda vez que hablaba conmigo -; abrió la puerta de una furgoneta y me señaló el espacio que quedaba, como de sesenta centímetros, entre los dibujos de Goya que iban así puestos, sin embalar. Le respondí que ni senta-

do en el suelo de la furgoneta cabía y que, además, mi cargo merecía otros respetos aunque particularmente a mí no se me considerase. Creo que se echó a reír.

Desapareció el último camión y quedé en medio de la plaza totalmente a oscuras y sólo. Entonces, casi a tientas, me dirigí a la Iglesia del Patriarca, en donde, muy iluminada, había el mismo movimiento que tuvieron antes las Torres. Le hice saber al Sr. Giner lo que me había ocurrido y me dijo que me marcharía en la otra expedición que se estaba preparando.

Intentaron de mí que yo fuera el responsable de ella. Y querían nada menos, el Teniente Colina que ahora estaba aquí, que como por el puente de Tortosa no podía pasar la

caja de las "Meninas" de Velázquez, según ellos estaba en entonces tomando nota y comparando con la altura de los puentes, querían, digo, que con los hombres que me mandaran que en pleno puente dirigiera yo el descargue; que se pasara la caja a hombros, y que se cargara de nuevo al otro lado.

No tuve más remedio que sofocarme con tal proyecto y con que fuera yo el que lo hiciera, que nunca había ido en ninguna expedición. También él se acaloró y dijo que entonces, como no podía pasar el cuadro, que lo arrollaría en un cilindro o aunque fuera en una vara, pero "el que manda" - continuó diciendo - "ha dicho que se pasen los cuadros y hay que hacerlo así". Hasta mal cuerpo se me pu-

so pensando si sería capaz de llevarlo a cabo. Continué yo diciendo que eso sería una barbaridad. "Pues tu verás". "En ese caso se levantará acta ahora mismo por un Notario de lo que yo digo", agregué. Me dirigí a un Vocal de la Junta, al Sr. Carriazo, y le conté lo que ocurría. "No ha ga caso, es que Colina es así".

No sé lo que pasó después; recuerdo que Colina a las dos horas me encontró y me dijo: "Descansa hombre... Ya está todo arreglado y no le pasará al cuadro nada ni tu irás de Responsable". Sirvió por lo visto el que me opusiera a tal disparate, porque si el cuadro de las "Meninas" se hubiera arrollado, sabe Dios lo que le hubiera sucedido.

A las 11³⁰ de la mañana salí por fin ocupando un asiento en el coche del Responsable de aquella expedición que era un Sargento.

La caravana se componía, creo, de seis u ocho camiones, en cada uno de los cuales escoltaba un soldado. Mi coche iba el último.

Se caminó todo el día; Los conductores por la noche conducían con dificultad porque la noche anterior tampoco habían dormido. Hicieron varias veces protesta de ello, diciendo que no responderían de algún accidente porque se dormían. El Sargento los alentaba con energía. A las doce de la noche, aunque yo no podía disponer nada, le propuse al Sargento Responsable que nos detuviéramos una

hora para que descansaran. Le pareció bien y nos detuvimos debajo de un arbolado.

Hasta el Sargento quedó profundamente dormido. Por mi parte, aunque la noche anterior tampoco lo había hecho, me resistí para poderlos llamar; en otro caso nos hubiera sorprendido la salida del sol.

A la una de la madrugada en punto llamé al Sargento y fuimos despertando a cada uno de los conductores con grande trabajo. Se puso de nuevo la caravana en marcha. Cuando pasabamos por Tarragona, a las 2'30 de la madrugada, a un camión se le inutilizó el motor. Continuamos dejándolo detrás porque pareció en principio que la avería era de fácil arreglo, pero cuando no lo veía venir le pro-

puse al Sargento volver porque aún no habíamos salido de Tarragona. No lo encontrábamos, pero por fin dimos con él cuando empezaba a entrar en un garage para que lo arreglaran. Esto me pareció monstruoso ya que se podía producir un incendio y el camión estaba enormemente cargado. Con este motivo se produjo, entre un Teniente que estaba allí y yo, una discusión porque no aceptaba mi propuesta de sacarlo y arreglarlo afuera. Por fin accedieron y el Sargento se quedó allí con su coche. El Teniente, que era la primera vez que lo veía, me metió en una furgoneta y partimos para alcanzar a la expedición. Conducía él mientras su chófer dormía. A los varios kilometros los alcanzamos y los contamos después de pasar a la cabeza. Al

pasar uno dijo que se caía dormido, y entonces el Teniente despertó a su chófer, lo hizo pasar a conducir aquel camión y el conductor aquel se durmió en nuestra camioneta. Conti nuamos.

A las 6 de la mañana llegabamos a Barcelona por las afueras de la capital. Un auto pequeño con unos oficiales parece que nos estaban aguardando. Se pararon todos los camiones y empezaron a tomar gasolina. Me apeé de la camioneta que poco después desapareció sin despedirse de mí. Parecía que desde este momento los que disponian eran aquellos militares que nos esperaban. Ni fui presentado por na die ni se dirigieron a mí.

Cuando ví que la comitiva de nuevo se ponía en mar-

cha monté en seguida con un conductor de un camión. De no haber procedido con decisión y rapidez, me hubiera quedado sólo enmedio de la carretera. Le pregunté que hasta dónde llegaríamos y me dijo que él tampoco lo sabía.

Atravesamos Barcelona, desorientado por mi parte cual sería el límite de aquel viaje que yo creí era Barcelona, pero cuando llegamos a Badalona y continuaron me desorienté por completo viendo que recorriamos todos los pueblos de la costa. Al llegar a Gerona, que pararon, investigué y me respondieron que no se me podía decir a dónde íbamos. Pasamos Gerona y empiezo a ver por la carretera la indicación de "Carretera de Francia". De pron

to comienzan a frenar en seco toda la alineación de camiones y cuando cesó el ruido de ellos me di cuenta, al oír los otros, que varios aparatos de aviación se dirigían hacia la caravana nuestra y que éste era el motivo de los frenazos. Todos los chóferes y soldados de escolta y yo trás ellos, nos tiramos al suelo fuera de la carretera. No sé si giraron, una vez reconocido lo que se transportaba, o si el paso por encima de nosotros fué casual. Transcurrió la alarma y continuamos.

Mas adelante y sin que pararan nuestros camiones, me sorprendió el ver en plena carretera un camión boca abajo y una caja de un cuadro muy grande a un lado y bastantes pequeñas, ya agrupadas, con un soldado que le daba

guardia. (Después, a los dos o tres días, me enteré que la caja aquella grande era la que contenía el cuadro de Murillo "Santa Isabel de Hungría curando a los leprosos").

Seguimos y más adelante hice parar mi camión cuando ví, en dirección opuesta, que en un coche de turismo venía el Secretario de la Junta, Sr. Orgaz. Me dijo que iba a tomar nota de aquel accidente del camión; y me entero, cuando le pregunté, que la expedición nuestra iba a Figueras.

A las 12'30 del día llegamos a Figueras atravesándola y penetrando los camiones en los fosos del Castillo.

Nos apeamos y por mi parte me desplomaba; yo no podía mas.

En aquellos grandes fosos había un movimiento grandísimo con numerosos camiones cargados que esperaban turno para entrar sus contenidos en la parte del Castillo que eran las grandes cuadras. Unos eran de los nuestros, otros llenos de cajas cubiertos de toldos, sin comprenderse la naturaleza de lo que tenían y que se suponía que no todos venían del mismo sitio. En aquel momento de llegar yo, el Secretario Orgaz anotaba el número de las cajas de uno nuestro, llegado el día antes, me cedió en seguida su cometido y se marchó.

Casi no me daba tiempo a reseñar lo que sacaban por que numerosos soldados lo hacían con gran prontitud y con muy poco cuidado también. Las cajas recibían grandes gol-

pes; les hice la advertencia viendo con tanto disgusto aquel espectáculo y el que me respondió me dijo que más valía su mano y se la había lastimado. Me desesperé ante aquella inmoralidad por todo.

Descargado aquel camión, entré en turno uno atestado de lingotes de plata. Ya de los nuestros no se descargaría más hasta el día siguiente.

Me fui a buscar alojamiento y recorrí todos los hoteles. Todo estaba lleno. En el Hotel Paris se compadecieron de mi aspecto cuando volví la segunda vez y pude comer y dormir.

A las 8 de la mañana golpearon fuertemente en la puerta de mi cuarto y salté de la cama. Era Tomás Pérez

el Forrador del Museo del Prado, que llegaba agregado a otra expedición. Sus primeras palabras fueron decirme que la caja en la cual venía el cuadro de "Las Lanzas" de Velázquez, había chocado con un balcón, además de otros choques. Fui en seguida a los fosos a ver la importancia de lo ocurrido y como apreciara en las cajas los efectos del encontronazo, me dirigí, como recurso, a la Comandancia de Carabineros y rogué me permitieran una conferencia con el Sr. Pérez-Rubio. Logré hablar con él, que estaba en Barcelona, y le rogué que viniera en seguida para, en su presencia, abrir las cajas.

Llegó y se abrió la que contenía a "Felipe IV a caballo", obra también de Velázquez. Apareció su tela suel-

ta del bastidor y muy arrugada. Sin embargo, como este cuadro venía engasado, no le ocurrió más que un ligero saltado en línea. No se abrió mas que esta caja.

Quedé en Figueras unos seis o diez días y volví a Barcelona. Entonces conocí el nuevo local que la Junta tenía ahora en dicha capital. - Ya estaban cortadas las comunicaciones con Valencia. - Se trataba de un palacio espléndido, situado en el Paseo de San Gervasio 28, en dónde había un magnífico despacho para el Presidente con una mecanógrafa.

En otras mesas, en distinto salón, también estaba instalado el habilitado de la Junta y otros auxiliares, todos caras nuevas.

Caí enfermo y guardé cama por quince días. No sa-

lía aún de casa, cuando urgentemente se me llamó. Acudí como pude, porque la distancia era grande y los tranvías muy difíciles sino imposibles de tomar. Entonces se me comunicó que tenía que salir en seguida para Perelada. Esto era en mayo de 1.938. El asunto era apremiante porque, con toda reserva, se me dijo que los cuadros de Goya "La carga de los mamelucos" y "El tres de mayo", habían sufrido un choque durante su transporte; que se habían roto y que yo sería el encargado de restaurarlos.

SALÍ a los dos días para Perelada dirigido al Castillo que allí hay del Sr. Mateu. Ya llevaba algún tiempo en él el Sr. Giner y ya también habían sido traídos a este Castillo todas las cajas de los cuadros del Museo del

Prado y otras; todas las que en el primer momento se llevaron desde Valencia al Castillo de Figueras.

Como lo primero que había que hacer con los cuadros del accidente era forrarlos, se hicieron traer desde Valencia en una motora, al Forrador del Prado, Tomás Pérez, que, en el corte por Tortosa, había quedado del otro lado.

Se comenzó en Perelada por pensar que había que improvisar un taller de restauración para que pudieramos hacer el trabajo. Hice el pedido de los materiales que necesitaba y mientras tanto algunos de éstos se traían del extranjero, se hacía un grande tablero para forrarlos, etc. Fui aplicado a ayudar en todo aquello que el Sr. Giner - director absoluto de todo -, emprendiera.

Se comenzó por ir abriendo las cajas de los cuadros para ir observando su estado de conservación. Esto se hacía unas veces; otras, el Sr. Giner traía casi a diario del Castillo de Figueras - a cuatro kilómetros y pico de aquí - los objetos antiguos que habían llegado a aquel Castillo; unos sin embalar, como custodias, cálices etc. y otros deficientemente embalados y transportados como si hubieran carecido de valor.

Cada día que pasaba en el castillo del Sr. Mateu, el Sr. Giner, Vocal de la Junta, se iba abrogando mayor importancia y adquiriendo un gran dominio sobre todos los que teníamos desgraciadamente que depender de él. Con el mayor despotismo, mal disimulado por una cortesía empacho-

sa e hipócrita que se reñía con el tono democrático y cariñoso en que pretendía demostrar que sentía, ordenaba, hacía y deshacía.

Todos le obedecíamos porque temíamos represalias. A los dos conductores de camiones que tenía a su servicio, los hizo trasladar a Barcelona por dos puerilidades y a mí mismo, aún siéndole muy necesario para la restauración de los cuadros, me enteré que ya estaba tratándo de trasladarme también a Barcelona. Me molesta el tener que retratar a este personaje, pero así conviene para que se vea como van transcurriendo todas las cosas en el Castillo de Peralada.

Al final de la Primavera estaba todo dispuesto para comenzar las restauraciones. Todavía no había visto yo los cuadros porque los habían liado a un cilindro y no convenía

desenvolverlos hasta el momento de empezar a intervenir. Por fin llegó el momento. Los cuadros estaban desastrosos. Se empezó el trabajo como correspondía, comenzándose por la forración, cual correspondía, lo que hizo Tomás Pérez, y, a su tiempo, empecé por mi parte la labor de limpiarlos y de reconstruirlos, ya que uno de ellos estaba dividido en dieciocho pedazos.

Desde que me puse a restaurar siempre estaba dentro del Estudio y no pude darme cuenta exacta de lo que se hacía por los almacenes, pero, desde luego, lo que ordenaba el Sr. Ginar era ir embalando cuanto trajo suelto; ir acomodando mejor y revisando las cajas procedentes de Bancos y también cambiar algunos cuadros y objetos de unas a o-

tras cajas, construyendo un fichero que detallara el contenido de cada embalaje, especificando cuantos objetos, libros o cuadros contenía.

En una temporada comenzó a hacer nada menos que con las piezas sueltas de cruces, custodias, etc. que llegaban incompletas, a su gusto las completaba unas con otras; y claro, como cada una de esas piezas tenía una procedencia distinta, y venían reseñadas como de tal o cual sitio, al reunir las él yo creo que será muy difícil el saber ahora con exactitud el lugar de ellas. También por esta época que hacia esto - Otoño de 1938 - a un cerrajero muy hábil que lo hacía muy bien por cierto, de Peralada, le encargó que le enderezara algunos cálices bárbaramente doblados que

llegaron así.

El 30 de octubre - creo esa la fecha - fué cuando Giner logró que el Estado se incautara del Castillo. Este castillo se encuentra dentro de un jardín y bosque que ocupan un kilómetro cuadrado, cercado por alta tapia con una puerta grande y principal en ella, entre otras, la cual se tenía siempre cerrada como prudente precaución y vigilado su postigo por un soldado de guardia perteneciente a un destacamento de Aviación que vivían en improvisado cuartelillo dentro también del jardín.

El edificio principal lo constituye el castillo, al que se adosa el palacio, del cual son dueños los Sres. Mateu - ausentes de España durante la guerra-. En las

dependencias de servicios, durante el periodo que me ocupa, vivían unos empleados antiguos de esta casa: Don Pedro Costa, conserje, y su hijo Don José, mayordomo, con sus respectivas esposas e hijos; celosísimos servidores llenos de honorabilidad que con abnegados sacrificios no se separaron jamás de la finca. Estos Sres. Costa daban constantemente a Giner cuanto pudiera necesitar facilitándole todos sus deseos, cumpliendo y soportando cuantas órdenes recibían de él. Así continuaban las cosas: el haciendo fichas, inventarios y cambiando las cosas de lugar. Por mi parte, en el Estudio, dedicado a la restauración de los cuadros citados de Goya y de otras intervenciones sobre algunos cuadros que, por efecto de cambio de temperaturas, etc., necesitaban corregirlos.

Quando el aludido Giner tenía que acudir a Barcelona por uno o dos días cada semana, para asistir a las reuniones de la Junta, me comisionaba a mí para entregar me en su ausencia las llaves de los depósitos y asimismo me hacía quedar a dormir en el castillo, no obstante que dar siempre en él Tomás Pérez, el Forrador del Museo, que vivía allí también, como me hubiera ocurrido a mí si no hubiera llevado mi familia al pueblo y viviera con ella. Sin embargo, otras veces las llaves se las entregaba a Tomás Pérez.

Desde hacía tiempo Giner acariciaba la idea de que el Sr. Azaña se viniera a vivir allí. Y llegó un día que lo consiguió. El Presidente de la República vivió allí

unos días, no recuerdo exactamente cuantos, pero fueron pocos.

Las operaciones militares del General Franco eran ya una pesadilla para él. Ya le faltaba el entusiasmo para leer los partes de guerra y su cara empezó a desfigurarse con los acontecimientos.

Aún estaba en el castillo Azafia y su Cuarto Militar y una grande cantidad de servidores, además de los policias y escuadrón de la escolta, cuando, unos tres días antes de ser tomada Barcelona, llegó de esta capital Pérez-Rubio, su cuñada Blanca Chacel, que es empleada de la Junta, su me canógrafa Elena Gómez de la Serna y su chófer, Panadés, que antes de estar en este servicio motivado por la gue-

rra, era joyero establecido en Barcelona.

Traían consigo los ficheros, actas, y bastantes papeles de la oficina, además de sus equipajes. Ellas lloraban. Malamente instalaron una oficina en la biblioteca del castillo.

Al día siguiente - no los esperaban -, llegaron con un camión cargado de cajas del archivo de la Corona de Aragón, el Sr. Adsuara, Vocal de la Junta, que es un buen escultor medallado, profesor de la Escuela de Bellas Artes de San Fernando de Madrid, y un auxiliar de la Junta, llamado Sr. Plans.

Por lo que dijeron, Pérez Rubio les había ordenado el transporte total de Barcelona a Peralada, de un total de trescientas cajas que encerraban el Archivo de la Co-

rona de Aragón, como ya se ha dicho, pero a ellos no les fué posible sino traer aquel sólo camión - no puedo calcular el número de cajas -, lo que lograron venciendo enormes dificultades porque se acercaban a Barcelona las tropas franquistas y el lío era indescriptible; la falta de tiempo y los atascamientos de la circulación, por las calles estrechas del barrio antiguo, bien les costó vencer como después refirieron.

El ambiente que se respiraba aquellos días era raro; todas las caras eran largas.

Se tomó Barcelona.

Después salió una parte del servicio de Azaña. La casa parecía otra; militares que entraban y salían; coches,

camiones, equipajes por el jardín y por todos los rincones; otros camiones que llegaban transportaban muebles y objetos de todas clases de los ajuares de todos los tipos de los funcionarios que dependían de la Presidencia.

A los dos o tres días, creo, marchó el Presidente de la República y días después ya no quedaba nadie de la Presidencia excepto su Secretario Sr. Bolívar. Era pena ver cómo quedó la casa; Los grandes salones de aquel palacio cargados de muebles, arañas y alfombras, ofrecían un desordenado espectáculo. En este día en que la desbanda fué completa, no volví a ver más a Giner, ni se despidió ni sabía donde estaba; únicamente me enteré que se llevó parte de su equipaje. También desaparecieron la cu-

ñada de Pérez Rubio, su mecanógrafa y él.

(No es raro que me equivoque en quien salió antes o después, porque aquellos días fueron de tanta preocupación para mí que no sé ni como recuerdo ésto que anoto. Desde luego Giner con su motorista partió de Peralada unos quince días antes que saliera yo, que fui el último como detallaré más adelante).

Nos habíamos quedado en el castillo, su chófer - con el encargo de ir a buscarlo a la frontera de Francia al día siguiente -, el Sr. Adsuara, Tomás Pérez, el Forrador del Prado, y yo.

Pérez Rubio nos estaba transmitiendo los documentos para el pasaporte de cada uno; mi quinta estaba pedida y me

reconocieron insustituible, aunque no llegué a ver el documento. Ellos no querían que me separara porque la restauración no estaba terminada y tenían demasiado interés en ello.

Esa noche - ya de madrugada -, porque sería alrededor de las cuatro, me tropecé en un pasillo al Ministro de Hacienda que llegó a aquellas horas. Tropezón curioso para considerar de la vida sus situaciones. El palacio es inmenso y a aquella hora solitaria y silenciosa, con frío de duro invierno, no había más ruido que el de las pisadas nuestras cuando nos topamos: el, con una manta blanca de cama puesta por la cabeza y yo con un atuendo por el estilo. Nos rozamos en direcciones opuestas, y no a mal paso,

sin más cambio de palabras que las buenas noches, yendo cada uno a lo suyo: él, dirigido a algo que debía ser urgente dada la hora y su indumentaria y yo revisando cosas por las habitaciones que podía pasar.

Se llevó el Ministro a Adsuara para recoger y trasladar unos tapices.

Aquella tarde del día siguiente, Don Cándido Bolívar, secretario de Azaña, viendo que no estaba ninguno del Tesoro Artístico, se dirigió a mi para preguntarme cómo se iba a evacuar el Tesoro. Yo le respondí que Pérez-Rubio regresaría en seguida y que yo no tenía camiones ni hombres. Con grandes dificultades telefoneó a Figueras pidiendo soldados y camiones. Llegaron a la caída de la tarde y empecé yo a

dirigir la carga. Estando en principio de ésto, llegó Pérez-Rubio y continuó él; al poco tiempo llegó Adsuara. Se cargaron, creo que tres camiones y los dejaron camuflados en el jardín para salir yo no sabía cuando. Esto era el 3 de febrero de 1.939 o el 4.

Nos llamó Pérez Rubio a la chimenea, y a Tomás Pérez y a mí nos preguntó que nosotros qué pensábamos hacer, si quedarnos o marcharnos con ellos y lo que se pudiera transportar del Tesoro. Me preocupó mucho lo que le iba a contestar por lo siguiente:

Cuando ví la desbandada, cuando salieron todos, me ilusioné muchísimo creyendo que ya no volverían y yo ya me había trazado el plan, como había comunicado a Don Tomás

Llanta, farmacéutico del pueblo, con quien llegué a intimar por el común acuerdo de nuestros pensamientos, y con D. José Costa, mayordomo del servicio del castillo, que era quedarme yo allí y, cuando se tomara el pueblo, tener el gusto de entregar yo el Tesoro del Patrimonio a las autoridades nacionalistas.

Antes de contestar pensé ésto y también pensé que, por lo que veía, entre el avance de las tropas y las dificultades que tenían para encontrar camiones, lo más probable sería que allí en el castillo se iba a quedar muchísimo. Lo que salga, pensé yo, como va al extranjero será respetado y no se destruirá, pero lo que quede mala suerte va a correr, si aparecen los incendiarios rojos. Por ello

si yo me quedo aquí - aunque diga otra cosa para des-
tar de mis propósitos - puedo hacer bastante por las o-
bras de mi nación, y si marchó por no separarme de las
que salen, quedan éstas desamparadas, entre las que tam-
bién se encuentran las del Duque de Alba. Además, me in-
teresaba mucho proteger aquel castillo y si me marchaba
era otro problema. He de consignar que este castillo me
interesaba porque en cualquier detalle se advertía el ca-
riño que puso su dueño en conservar las colecciones inte-
resantes y de valor que contenía. Era una pena dejar to-
do aquello detrás aunque nadie me lo hubiera confiado, ni
yo conociera a su dueño, pero eran obras de arte de un es-
pañol.

Todo eso y quizás más pasó por mi imaginación en los segundos que guardé silencio sin responder. Había resuelto quedarme firmemente y le respondí: "Yo salí del Museo del Prado acompañando a nuestros cuadros y mi ilusión es volver a Madrid con ellos, por lo cual si se los llevan de aquí iré adonde estén; me parece que le hago falta estar junto a ellos".

Tomás Pérez dijo que haría lo mismo que yo. Nos despedimos para cenar; - yo, a mi casa y ellos, allí -, y me dijo que saldrían con aquellos camiones a la una de la madrugada aproximadamente, pero sin darme más detalles de nada.

A las nueve y media de aquella noche, cuando yo volví al castillo después de cenar, me sorprendió y no me sorpren

dió; al llegar al jardín se alejaba el piloto rojo del último camión y absolutamente todos, incluso el secretario de Azaña, partían en aquella caravana. Me había quedado sólo. Con la vista, también, les despedía José Costa y el Cabo que mandaba los seis números de Carabineros que quedaban por haberse llevado los otros de escolta con los camiones.

Me indigné por la manera ruin e hipócrita de proceder siempre estos señores del Tesoro Artístico. Y dije en aquel momento a los dos presentes: "En vista de que soy el único que queda con interés por nuestras obras de arte, me nombro Jefe de todo ésto". Los dos, Costa y el Cabo, asintieron gustosos a ponerse a mis órdenes para cuanto necesitara, con palabras llenas de afecto que agradecí

mucho.

Seguidamente me hice acompañar por el Cabo y revisé los puestos de guardia. Después le di la orden de que ni paisano ni militar alguno, sin darme cuenta antes, pudieran penetrar, no ya en el edificio sino ni en el jardín de la finca. Acompañado de Costa empezamos a revisar toda la casa. Era la primera vez que íbamos a penetrar por todas las habitaciones después de la permanencia allí del Presidente de la República. Había un desorden bastante apreciable por todos los sitios. Costa buscó en una cómoda la colección de relojes antiguos del Sr. Mateu y estaba intacta. De otros armarios faltaban los juguetes de los niños y hasta el papel de escribir. Me dijo Costa que faltaban algunos cua-

dro que habían sacado de sus marcos y que dejaron pendientes en el lugar que cada uno estaba instalado. En la mesa de la cocina encontré las llaves que cerraban los depósitos y las tomé. Terminada la revisión, me acompañó al cuarto que me había dispuesto; era la una de la madrugada.

Cuando empezaba a conciliar el sueño, fuertemente llamaron a mi puerta. Eran las dos de la madrugada. Era Tomás Pérez, el Forrador, que volvía de la frontera con orden de Pérez Rubio de llenar dos camiones que traía y que yo, con mi familia, me fuera también en ellos.

Aquella orden me creaba una situación de la que no sabía cómo salir de ella para quedarme allí en Peralada. No

podía alegar que me faltaba el pasaporte, como indispensable para pasar la frontera, porque tanto el de mi familia como el mío los tenía en el bolsillo. Marcharme era abandonar aquello; quedarme, era desobedecer la orden de mi jefe y serme perjudicial por alguna represalia. Idée entonces simular una indecisión por no ser hora adecuada para repentinamente sacar de la cama a mis familiares.

Salté de la cama y bajé. Allí me encontré con Plans, que también venía con aquellos dos camiones que empezaron a cargar en seguida.

Era ya de día cuando se fueron. La respuesta que envié a Pérez-Rubio fué que no me atreví a esa hora a lanzar a mi familia a un viaje tan precipitado y que, en otros ca-

miones que mandara me marcharía.

Me volví a quedar sólo en el castillo, ahora convencido de que no se atrevería a volver ninguno por más cajas porque las tropas nacionalistas venían muy deprisa para la dirección de la frontera.

Efectivamente, transcurrió todo el día sin que volvieran más camiones a recoger nada. Entonces, me propuse acabar mi plan.

Lo primero fué trasladar desde la casa que habitábamos al castillo, a mi familia para poderlos proteger en los momentos que yo esperaba de levantamiento en el pueblo, cuando llegaran las tropas, sin tenerme que separar un sólo momento de mi sitio.

Para no hacer uso de camas ni de habitaciones de la casa, los instalé en la chimenea contigua a la cocina grande. Pedí unos colchones a Costa y puestos en el suelo los acosté a todos. Yo, vestido, me quedé en un sofá junto a la chimenea, pero antes de hacerlo empecé a tomar mis medidas. Fui a ver a Don Tomás Llanta, farmacéutico del pueblo, y le rogué me buscara algunos hombres de absoluta confianza que estuvieran dispuestos, a mi aviso, para acudir al castillo y hacer la defensa de él en caso de que algunos elementos, al acercarse las tropas para tomar el pueblo, trataran de violarlo. Quedó con este encargo.

La noche transcurrió sin novedades. A la mañana siguiente me avisó el Sr. Llanta de que los tenía dispues-

tos.

Así estaban las cosas cuando al mediodía viene el Cabo de guardia para avisarme que unos jefes militares querían hablar conmigo. Estos militares pertenecían al ejército rojo. Con el Cabo salí hacia donde aguardaban, pero ya ellos se habían metido en el patio del palacio y nos topamos.

La actitud con que escucharon mis primeras palabras, al interesarles cortesmente qué era lo que deseaban, era muy poseída de que no iban a tomar en consideración lo que yo les pudiera decir.

No sé si eran tres o cuatro. El que tomó la palabra era un hombre enormemente alto y fuerte y llevaba enganchado al hombro un pequeño y flamante fusil ametralladora.

Me dijo "Bueno, mira, aquí va a venir el Estado Mayor, y vamos a ver la casa para distribuir las habitaciones" y empezó a andar hacia adentro.

Le contesté: "Le debo advertir que aquí tenemos unos depósitos de obras de arte que perderían su seguridad si aquí se establece un cuartel general, y con esto que le digo no hago sino reflejarle el pensamiento del Presidente de la República". "Si, pero hay que hacerlo así".

Comprendí que era inútil empezar a discutir. Llamé a Costa para que abriera las habitaciones. El dirigiéndose a sus acompañantes fué citando los nombres de los que habían de ocuparlas.

Horas después comenzaron a llegar camiones y automóviles y el castillo quedó lleno de fuerzas militares. Fue-

ron las horas mas desesperadas para mi que no sabia que hacer. Poco tiempo después comprendí bien y aproveché las circunstancias cuando me llamaron al cuarto del Estado Mayor.

Fuí recibido por varios jefes, que permanecían encerrados en su cuarto de trabajo, y se me interrogó quién era yo, qué era lo que había allí: dónde se guardaba y qué pensaba hacer.

Quedaba emplazado así para poner de mi parte cuanto pudiera en beneficio de una realidad práctica inmediata, porque, si bien, yo desconocía las razones que movieron a hacerse tales preguntas por parte de este Alto Mando, especialmente la última, algo iba a depender de mi parte y éste

algo lo determinó mi anhelo por servir a mi instinto de Conservador. Así, no hube de responder sino con lo que inquietaba mi pensamiento y entonces les expuse lo siguiente.

Los de la Junta del Tesoro Artístico se habían marchado a Francia y yo renuncié a incorporarme con ellos porque entendía que era mi deber no separarme del depósito aunque se disparara contra mí. Me habían dejado, les agregué, sin cinco céntimos y sin elemento alguno para poder evacuar aquello. Yo desearía, terminé, que se me dieran facilidades para poderlo hacer.

Se me contestó que se me darían cuantas facilidades quisiera porque, en efecto, eran decididos a que se reti-

rara todo "porque ésto será destruído". "También lo de esta casa debe ser retirado".

A todo ello estoy dispuesto, respondí, si me dan los elementos esenciales como son camiones y hombres para cargar, material de carpintería y toldos. Esas últimas cosas no las tendremos pero desde luego cuente con camiones y con hombres.

Me di perfecta cuenta, cuando salí del salón, que tenía que hacer un esfuerzo grande para, en el menor tiempo posible, sacar cuanto pudiera, porque en mis oídos se quedó impreso "ésto será destruído", aunque no comprendía exactamente porque motivo sería. También pensé que yo no sabía ni a dónde iba a llevar las cosas. Me limité a determinar que

las pasaría la frontera y allí preguntaría por un hombre que yo había oído muchas veces como intervencionista en las cosas del Gobierno y que se llamaba el capitán Arizmendi.

Me fumé la petaca dándole vueltas a aquel problema. La aviación, que venía con frecuencia, me inquietaba por si los bombarderos desconocían la existencia de parte de nuestro Tesoro en aquel sitio, que quedó convertido en un objetivo militar.

Llamé a Costa para preguntarle que si él sabía lo que el Sr. Mateu tendría más interés por salvar. Me dijo que la colección de vidrios que estaban ahora guardado en los sótanos del Carmen (Iglesia bastante grande dentro del

recinto del castillo); los tapices y los cuadros de Vicente López, pero naturalmente comprendiendo como yo la enorme dificultad de en un momento poder prepararlos, etc.

A la caída de la tarde pusieron a mi disposición formados, un Comandante, un Capitán y gran cantidad de soldados. También un Teniente que intervenía en Transportes y camiones que empezaban a llegar.

Empecé a cargar tomando nota del número del camión, nombre del conductor o conductores, porque algunos tenían dos, y las marcas de las cajas que se metían en cada uno. Para ganar tiempo puse a Costa con esta misma comisión y reseñó así tres de los camiones.

Pronto se hizo de noche y la luz estaba cortada. Bus-

qué cirios y con este alumbrado, a quien le puse guardia de soldados para evitar imprudencias, lo tuve que hacer todo porque una linterna que pedí casi no alumbraba.

La inquietud de los soldados y sobre todo la de los conductores era grande. Estos se disputaban el aproximar sus camiones con ánimo de pasar la frontera más que de ser virme. El motivo era que las tropas nacionalistas venían avanzando hacia allí. A éste se debía también lo que transcurría por la carretera, que desde un alto se veía: multitud de personas en caballerías y a pié huyendo rumbo a la frontera; y muchos de estos peatones llevaban liados a sus piés manojos de hierbas para suplir a sus calzados hechos añicos.

Hacia la una de la madrugada se veían grandes incendios

por Figueras, que dista unos cuatro kilómetros. Me dijeron que se trataba de los polvorines, que volaban, porque también se oían fuertes detonaciones.

Como naturalmente yo no permitía sino tratar las cajas con mucho cuidado, a pesar de la prisa, se tardaba mucho tiempo en cargar, por el gran peso de algunas.

Tuve necesidad varias veces de subir por la casa y ví como todo se empezaba a destruir por indiferencia en el trato. Cacharros rotos ví por el suelo y ésto me estremeció. Aquello, efectivamente, sería destruído. Al pasar por dónde estaba la colección de los cuadros de Vicente López, a las cuatro de la madrugada, un Comisario de Artillería que, por cierto, ponía un interés grande en salvar co-

sas, estaba descolgando algunos de estos cuadros a los que les quitaba el marco para su mejor transporte y les envolvía en cortinas. Hablamos más detenidamente de la evacuación y entonces me dijo que cuantas dificultades tuviera yo me dirigiera a él, por cuanto que el Jefe del Ejército, le había encargado de este servicio.

Continué cargando. Salió el sol y no interrumpí.

A la hora de la comida, en nombre de todos los que cargaban, se dirigió un Teniente a mí para decirme que le habían dicho en la cocina que no había comida para ellos y estaban dormidos y muertos de hambre. Me dirigí entonces al que le llamaban el Gobernador, que era aquel hombre fuerte del fusil ametralladora con quien primero hablé. En la cocina había un tráfico imponente y en el jardín se mataban

animales de todas clases que los soldados buscaron por el pueblo, e incluso también sacrificaron la colección de faisanes rarísimos que el Sr. Mateu tenía enjaulados en el jardín y que hasta entonces recibían el cuidado detenido del conserje del castillo. Sus plumas doradas y de mil colores hacían remolinos.

Le hice ver que si no daba de comer a los que me trabajaban era un conflicto, y me respondió que ya no podía hacerlo, "que se lo hubiera dicho antes". Me dió muchas explicaciones porque empezó a hacerse amigo mio. Entonces por mi parte traté de arreglar aquella contrariedad porque los hombres no me darían el rendimiento de trabajo que yo necesitaba y de mis elementos escasísimos para mi familia

les preparé una comida - en la imposibilidad de poder ser para todos - a aquellos que habían tomado una actitud más rebelde y que tenían fuerza moral sobre los demás. Se subsanó el conflicto y más aún cuando, a las dos horas, por mi insistencia en resolverlo, les hicieron un rancho a todos por fin. Los hombres agradecidos me ayudaron con las fuerzas que podían aunque se caían de cansancio y sueño.

De madrugada empezó a caer una fuerte escarcha y temiendo por los camiones cargadas que se alineaban en el jardín, fui a ver de nuevo, a las dos de la madrugada, al Comisario General de Artillería a quien le di cuenta del problema que representaba aquello sin tener toldos con que proteger la carga de aquella humedad. Me respondió que los cubriera

con las cortinas de la casa y le hice ver que con ellas no se podía hacer y, además, que era una lástima. Viendo su negación, porque él tampoco tenía en donde encontrarme taldos, le dije que me diera una solución y entonces pidió una máquina de escribir, sin otra respuesta, y me hizo el siguiente escrito que conservo y que dice así:

"Membrete.- Ejército del Ebro.- Comandancia General de Artillería.- Por Orden del señor Jefe del Ejército, me encargo de la evacuación de la parte del Tesoro Artístico que a la llegada del Cuartel General a este castillo de Peralada, se encontraba en él.- D. Manuel de Arpe Retamino me ha hecho las oportunas consideraciones acerca de la carencia de medios y elementos para proceder a dicha evacuación y a conciencia de sus posibles consecuencias ordeno su prosecución.- Lo que certifico a los efectos que al interesado le convenga.- P.C.- Castillo de Peralada a siete de febrero de 1937.
"El Comisario General de Artillería del Ejército.- Firmado: Ramon Pontone".

Pero como a mi no me interesaba tanto el quedar exceptuado de responsabilidad, como el que las obras se salvaran, llamé al Capitán que estaba a mis órdenes y a otros Tenientes y les hice interesarse en mi deseo, pero también fué infructuoso. Entonces se me ocurrió un modo de dar con la solución y dirigiendome a los chóferes en los que yo advertía que tenían vivos deseos de ganar la frontera con el pretexto de conducir, les dije que si no encontraban tollos no podríamos salir de Peralada. Aquello fué fulminante. No sé qué es lo que hicieron, pero lo cierto es que a las dos horas me traían más de los que yo necesitaba y por cierto de estreno. Todos los camiones quedaron bien cubiertos; y entonces los compensé buscándoles gran can-

tividad de tabaco que obtuve por mediación de un Sargento que tenía requisado en el jardín un camión lleno de éste. Y todos contentos me ayudaban con entusiasmo.

Por la tarde de este día empecé a buscar los cuadros de la colección del Duque de Alba por la casa. Los contenidos en cajas ya estaban cargados pero dejé para lo último los cuadros de esta colección que no tenían embalaje. Los encontré encerrados con llave y la llave no aparecía. No había tiempo que perder e hice saltar la cerradura, haciéndolos llevar a un camión que tenía dispuesto para este transporte, apartado del día antes.

En este momento llegó el Jefe del Gobierno que pasó a reunirse con los Jefes.

Haría media hora, cuando un Capitán vino a avisarme que

Negrin quería hablar conmigo y me condujo adonde se encontraba reunido con el Estado Mayor, alrededor de una mesa llena de mapas.

Al adelantarme a saludarlo, uno de aquellos Jefes dijo: "El Dr. Negrin quiere felicitarle a usted por el entusiasmo con que realiza su labor" y dirigiendome al Presidente agregó: "Aqui lo tiene trabajando de lleno, mientras que todos los de la Junta del Tesoro Artístico han chaqueteado, marchándose a Francia, pero él no se quiso apartar de aqui". Siguió: "Lo han dejado además sin un céntimo".

El Presidente me felicitó y a continuación pidió un papel que sobre una carpeta le sostuvieron y de pié escribió lo siguiente que conservo:

"Membrete.- Ejército del Ebro.- Jefe.-
 "Particular.- Don Manuel de Arpe, Restaura-
 "dor Conservador del Museo del Prado, ha re-
 "cibido la misión de salvaguardar y vigilar
 "el transporte de los objetos del Tesoro Ar-
 "tístico Nacional.- Las autoridades de la
 "frontera y los Cónsules en Francia deberán
 "prestarle ayuda y auxilio material hasta
 "tanto entre en relación con los Jefes en-
 "cargados de sosguardar el T.A.N.- Perala-
 "da 6-II-39.- El Presidente del Consejo de
 "Ministeros Ministro de Defensa Nacional.-
 "Firmado y rubricado: Negrin ".

Me preguntó después cuando saldría y le dije que aque-
 lla noche con un conjunto de quince camiones.

Más tarde pensando que conduciendo aquel conjunto de co
 sas de tanto valor, la primera vez que me veía en un caso
 semejante, con las carreteras atestadas de todos los co-
 ches que salían para la frontera, podría encontrarme con

serias dificultades, además de la posibilidad de caer en uno de los atrancos tan frecuentes que se hacían que tardaban varias horas en deshacerlos, me dirigí al Comisario General de Artillería y le rogué pusiera a la expedición un mando militar. Le pareció bien y aceptó. Al cuarto de hora vino a recibir mis instrucciones un Teniente Comisario que se iba a encargar de ello. Le di como hora de salida las doce de la madrugada.

Formé los camiones poniendo a la cabeza el que conducía al Cristo de Medinaceli para que nos protegiera. En el último camión, con tapices del Duque de Alba, me metería yo con mi familia.

Yo tenía - y tengo - notas detalladas del número de ca-

da camión, el nombre del chófer y el contenido particular de cada uno, o sea las marcas de las cajas que se conducían en él.

Antes de partir, por la tarde de aquel día, llamé a Francisco Golobarde que es un carpintero que hay en el pueblo, por cierto muy enterado de cuanto había en el castillo y que nos hacía los trabajos de embalajes, etc. a la Junta. Hablé con él y le propuse que lo dejaría encargado de seguir cargando camiones con cosas del Sr. Mateu; a aceptó esta comisión, le enumeré las principales y lo dejé presentado a los jefes militares con estas facultades.

El Teniente que llevaría el mando había hecho mientras tanto unos pequeños planos del trayecto para cada conduc-

tor, puesto que había que dar ciertas vueltas por las carreteras de los pueblos cercanos hasta entrar en la general, por la razón de que estaban volando ciertos pasos y puentes, según me informaron.

A las ocho de la noche todo estaba previsto. Desde aquella hora hasta la de partir se emplearía en cenar y descansar el que pudiera. Entonces me dediqué a dar una vuelta por el interior del palacio y me fué desolador el ver cómo estaba la casa. Eran pocas cosas las que quedaban en su sitio de siempre y se veían tiradas por distintos sitios unas y otras rotas por caídas. Algún buen cacharro lo recogí y algunos bordados y los reuní en un sitio.

Eran las once aproximadamente cuando Costa padre, anciano conserje del castillo, muy afectado el pobre por lo que estaba viendo, me dijo que en una habitación contigua a la cocina tenía reunida toda la plata de la casa y que temía por ella. Me contrarió mucho esta noticia cuando ya no tenía yo tiempo para llevármela. Entonces hablé con el Comisario y le pedí que me pusiera una guardia permanente de cuatro hombres en aquel lugar hasta que Golobardes la cargara por la mañana. A los pocos minutos así se hizo. Llevaron colchones para que dos de ellos durmieran mientras los otros dos soldados vigilaban en la misma puerta y allí también puse las cosas que recogí por la casa.

A las doce se pusieron en movimiento los motores de

los coches; en cada cual un soldado de escolta. Delante en un automóvil, dos Tenientes de Transportes. Detrás del camión en que iba yo con mi familia, que era el último, seguiría el coche del Teniente Comisario que mandaba la expedición. Los retrasos inevitables por maniobras y la distancia entre camión y camión y, por último el mío arrancó a la una menos veinte de la madrugada del día ocho de febrero de 1.939. Para que el saliente de los tapices arrollados que llevaba en mi coche, fueran bien librados de la escarcha o lluvia, le puse otro toldo más, por lo cual quedé tan encerrado que ni veía el suelo de la carretera.

Los coches siguieron normales.

A las tres y media me parece que fué cuando llegamos al primer pueblo francés. Allí se paró y me llevaron a casa

del Capitán Arizmendi, por quién pregunté aguardando en la puerta de la calle.

Mientras acudía, si es que estaba, me dió tiempo a mirar alrededor dentro de la obscuridad del campo. Todo estaba sembrado de cosas; bultos distintos y equipajes desechos maletas abiertas como libros y bastantes coches abandonados en aquel lugar de la frontera que vigilaban soldados franceses con bayonetas. Como a unos doscientos metros, una potente luz iluminaba la entrada de un pequeño edificio de la Aduana. Por lo demás un silencio grande cuando cesó el ruido de los motores.

Al poco bajó el Capitán Arizmendi con los pelos grises revueltos, como el que sale de la cama, y metido en un ga-

ban con el cuello levantado. Le mostré el documento que me escribió Negrin, el cual leyó rápidamente a la luz de una linterna de bolsillo y me hizo unas cuantas y vehementes preguntas. Al interrogarme si venia sólo le tuve que decir que nó, que también traía a mi familia compuesta de mis ancianos padres, mi mujer y dos hijas pequeñas, lo que le contrarió grandemente y entonces me preguntó que si tambien traía equipaje, a lo que le dije que unas maletas, un colchón y una pequeña perra. Brevemente meditó y tajante me dijo: "Su familia no puede pasar de aqui; el equipaje lo tiene que abandonar en el suelo, y al perro hay que pegarle un tiro".

Me quedé como una piedra pero Dios me dió fuerza para

que respondiera: "Es mas sencillo que el tiro me lo peguen a mi". No me respondió; me miró y sin darme más importancia y como el que recibe una expedición normal, que espera, me dejó con los brazos cruzados y se alejó dando órdenes y viéndole después entrando y saliendo en los departamentos de la Aduana.

i Yo desconocía lo que estaba haciendo y lo que pensaba hacer. Ya debía de tenerlo todo ultimado, alrededor de los tres cuartos de hora, cuando pasó junto a mi, sin dejar de disponer cosas, y, al verme, no me dijo más que esto: "¿Que hace usted aquí parado?". - Yo no me había movido un centímetro del sitio en que me dejó.- "Suba de prisa a su camión" y lo decía porque a la cabeza de la expedición ya le

había dado él la salida, y así lo hice. Recubierto éste mi camión, como los demás, con los grandes toldos que completamente ocultaban lo contenido, me valió grandemente para que nadie nos viera en todo el trayecto. Bien es verdad que llevaba en el bolsillo pasaportes de cada uno de nosotros, aunque en realidad carentes de valor puesto que no los presenté al visado de la Aduana.

Arrancamos de nuevo sin poderme enterar adonde nos dirigíamos. Los coches siguiendo las carreteras de vez en cuando se paraban para ser examinados por los Controles. Estos eran malos momentos, porque habíamos de aguantar hasta la respiración; pero tuvimos la suerte de que nunca levantaron la lona del nuestro. Así todo lo que quedó de

noche hasta que, al amanecer, dándome cuenta que la parada era definitiva, por una rendija del toldo miré y efectivamente habíamos llegado a unos edificios como castillo o cuartel porque se veían soldados. Aquel, pues, era el sitio de límite por el momento.

Me apé y allí encontré de nuevo al Capitán Arizmendi que en seguida ordenó comenzaran a descargar. Tenía hombres preparados y también empleados de Aduanas.

Por un Sargento de Carabineros, con quien entablé conversación, supe que aquello era un castillo propiedad de un señor francés, que ahora estaba como requisado para un cuartel; que aquello estaba reconocido como zona de guerra; que allí se recibía lo que llegaba de España y que

allí mismo tenía instaladas las oficinas la Junta Central del Tesoro Artístico.

Este castillo se encuentra en el término de Ceret y a cuatro kilómetros de este pueblo.

Me agregó el Sargento que hacia las nueve de la mañana acudirían allí Pérez-Rubio, Giner y los miembros de la Comisión Internacional que se ocupaban de trasladar a Ginebra el tesoro español.

Hasta aquella parada definitiva por el momento, mi can-sancio podía más que mi resistencia, pero para no dormirme pasé por allí viendo cómo descargaban. Había un personal para ello y yo allí no tenía ni voz ni voto. Era el Capitán Arizmendi a quien todos se dirigían y el que todo lo ordenaba. Conceptué que allí había terminado mi labor por

ahora.

(De lo que ocurrió en el castillo de Peralada, no sé que tiempo después de yo marcharme con los camiones, me dieron idea las fotografías que, una vez terminada la guerra, me remitió Don José Costa, mayordomo de la casa. Estas fotos eran varias del hall, en la que se ven cortados y desgarrados, con faltas de grandes trozos como de dos metros cuadrados, unos buenos y grandes cuadros instalados en esta estancia; y, en otras, se ven destrozados y sin techo unos salones porque les prendieron fuego además. Estos salones eran, por cierto, en los que se guardaban la colección del Duque de Alba, y que, por haber perdido algunas llaves, con intención o sin ella, hube de mandar saltar

la cerradura en los momentos azarosos de estarse cargando los camiones. Mas del resto de la finca, con estos botones de muestra, podemos suponer lo que sucedió en ella cuando fué abandonada por el Estado Mayor rojo, que impedía con su presencia y sus fuerzas el asalto de que después fué objeto por parte de los incendiarios, que era lo que más temía yo).

Volviendo a lo que decía, se suspendió la descarga, quizás hasta que llegara el Comité Internacional y apé a mis chicas para desentumecerlas del tiempo que llevaban dentro del camión. Con ellas de la mano iba, cuando un empleado de Aduanas, compadecido de sus aspectos, con toda cortesía me dijo que si quería llevarlas a su casa para

darles de desayunar algo caliente. Su señora y él estuvieron tan amables y extremosos que nunca olvidaré este rasgo: espléndido desayuno con viandas de todas clases, comida ya desconocida. Antes, así aconsejado por el Sargento con quien entablé conversación, cuando tocaron la diana con una corneta, me puse en la cola formada por los soldados con el plato que se quito del cinturón y me lo llenarón de café, el cual lo llevé a mi familia.

Hacia las diez de la mañana del día éste, 8 de febrero, llegaron de Ceret, en dónde vivían, Pérez Rubio, Giner, Blanca Chacel, Elena Gómez de la Serna, Adsuara, Tomás Pérez y los miembros del Comité. No se esperaban aquella expedición ni a mi tampoco. Supe entonces por boca de Pérez-

Rubio que estaba haciendo unas gestiones diplomáticas para que me trajeran aun en el caso de haber estado entre los nacionalistas, con mi familia, no sé que clase de gestiones pueden ser esas.

Cuando les mostré lo traído hubo una sorpresa agradable y efusiva pero que en seguida se refrenó. No sé si el Comité supo que no contaban con ello. Pero así era desde el momento que el tren proyectado que tenían - creo de doce unidades - para cargar lo allí existente, lo tuvieron que aplazar su salida para aumentar sus vagones con todo lo traído por mi.

Se me tuvo toda la mañana ocupado mientras mi familia, sentada al pié del camión, aún no había desayunado salvo el

poco de café que les llevé, ni se les guardó atención de ninguna clase. A las dos de la tarde, se lo hice ver a Pérez-Rubio cuando se disponía a partir sin la menor preocupación para mis familiares. Entonces habló con el administrador del castillo y éste nos llevó a una cantina establecida al calor de los soldados, en donde comimos unos fiambres en medio del despacho de vinos.

Por la noche no teníamos en donde dormir y los metí de nuevo a todos en el camión en que vinimos, ahora ya desocupado. Por la madrugada un soldado francés con bayoneta que se asomó, nos quería apearse a la fuerza para formarnos con todos los chóferes que habían llevado los camiones y otros hombres. Mi padre y yo protestamos de la desconsideración

y el atropello que se hacía con unos señores de edad respetable, con mi mujer y con mis hijas.

Por fin el soldado consintió en que solamente formáramos en la fila mi padre y yo, cuando el Sargento de Carabineros, mi protector en aquel entonces, habló con el Capitán que mandaba a aquellos soldados. Más como a unos forajidos se nos tuvo alineados y vigilados por los soldados de bayoneta.

El Capitán, con una lista en la mano, fué destacando a más de la mitad de los que formábamos y pasándolos a un campión para llevarlos a un campo de concentración, que partió en seguida. Desde entonces, los días que estuvimos allí no conocí la tranquilidad esperando siempre que nos detuvieran

y nos llevaran de allí. El administrador del castillo nos facilitó, al día siguiente, el que durmieramos en él.

El día 12 de febrero ya estaba cargado el tren especial que saldría de Ceret para Ginebra.

Pérez Rubio me dijo que dejara a mi familia instalada en el hotel en que ellos vivieron en Ceret, y que ya me daría el dinero en Ginebra para que se lo remitiera y lo pagaran.

En autovía salimos los españoles que habíamos de acompañar el Tesoro Español para Perpiñán.

x

x x

El día 13 de febrero de 1939, a las 11^h25 de la noche, hora francesa, aquí las 12^h30, entrabamos en la Gar de Cor-

navin de Ginebra, ocupando el coche de cabeza de primera clase. Este tren traía veintidos unidades, atestadas de obras de arte de todas clases, cuyos vagones eran recubiertos de lonas impermeables negras y un último vagón atestado de policías secretas y gendarmes de uniforme, ahora dirigidos personalmente por su jefe superior que se hizo cargo del servicio desde que el convoy penetró en la frontera suiza.

La prensa, que durante días había divulgado la noticia, hizo que el acontecimiento resultara aún de mayor curiosidad y existía una verdadera expectación.

Pausadamente, como señalaron al día siguiente todos los diarios, entramos solemnemente en el andén, restringido el

público y ocupado por más fuerzas y una nube de reporteros y fotógrafos, al propio tiempo que también las autoridades encargadas de la recepción y algún diplomático español - de la España nacional porque la guerra no era aún terminada.

Antes de que chirriaran los frenos, se habían producido ya mil relámpagos de instantáneas. Descendimos y mientras me llegó el turno de presentación, observaba todo aquello como un sueño. Pensar que era la mejor representación del Museo del Prado lo que estaba allí mismo, unido a la otra incalculable riqueza artística de España, también transportada, había que verlo para poderlo creer.

Nos condujeron con los equipajes al coche del hotel que esperaba sólo en una amplia plaza profusamente iluminada.

Aquí sólo íbamos los españoles que éramos los siguientes: Pérez-Rubio, Presidente de la Junta del Tesoro Artístico; Giner, Secretario; Adsuara, vocal; Blanca Chacel y Elena Gómez, mecanógrafas; Panadé, chófer del Presidente - sin coche, naturalmente; Bandrés, motorista - ahora también sin moto; Tomás Pérez, forrador de obras de arte; y yo, como técnico.

Estábamos tan cerca del hotel que descendimos antes de acabar de acomodarnos. El hotel era "Des Bergues", uno de los mejores de Ginebra, adonde nos destinaron por acuerdo de las autoridades ginebrinas y de la Comisión Internacional, compuesta de representantes de Museos de Londres y Paris.

Acostumbrado a tanta pobreza como viví en España duran

te la guerra, aún me pareció más suntuoso el hotel. Me acompañaron a mis habitaciones, tan iluminadas y correctas, incluso con ramos de flores, que mi traje allí no tenía el menor disimulo puesto que podíamos decir que era harapiento.

Me avisaron que me esperaban en el comedor y cerré los grifos del baño que me preparaba. Cuando llegué ya estaban sentandose a la mesa los técnicos de la Comisión Internacional y los españoles. Nos iban a servir una cena fría con todos los honores podríamos decir. La mesa llena de flores y las caras llenas todas de satisfacción; los comen sales con viveza hacían diálogos sobre el motivo.

Cuando terminamos me fumé un cigarro más pensativo que

munca sobre lo que veía y me rodeaba ante un balcón por el que se veía una gran porción de la capital, tachonada de luminosos y el lago Lemán a la puerta de la casa donde se reflejaban infinitas luces. Era la una y media de la madrugada. ¿Qué sería a estas horas de mi familia?. ¿Qué es lo que mejor debía hacer yo?.

A la mañana siguiente no tenía sino que esperar órdenes y ver como realizaba yo mis propósitos. La media docena de palabras que sabía de francés no me bastaban para desenvolverme con soltura. Era un espléndido día de sol pero con un frío enorme. Me enviaron a la estación en donde comenzó el descargue y transporte de las cajas por camiones que las llevaban al Palacio de la Sociedad de

Naciones.

Pude con facilidad desplazarme de los muelles de descarga y penetré en el Telégrafo de la estación en donde puse un telegrama al Duque de Alba saludándolo y poniéndome a sus órdenes. De allí me fui a Correos y envié a mi familia un giro de quinientos francos franceses y otro telegrama con mi dirección, dirigido al Sr. Llanta - el farmacéutico de Peralada - con quien había convenido esto. Esta cantidad la había recibido en el tren de Pérez Rubio, cuando hizo un reparto entre todos de unos francos que le dieron a él a nuestro paso por Perpignan para indemnizarnos de los meses que hacía que el Estado no nos pagaba. Me quedé pues con cuatro francos suizos por todo capital. ¿Quién

pagaría nuestro costoso Hotel?. ¿Con qué hacer mis pequeños gastos personales?. Estas interrogaciones, después de todo, no me desesperaban; mis verdaderas preocupaciones eran otras. Aún escribí dos cartas más que eché para España Nacionalista y volví a reunirme con ellos para almorzar.

En esta primera sobremesa no se tuvo más remedio que hablar de nuestra situación insostenible. Yo no era sino un oyente, y el Presidente - Pérez-Rubio - hizo un resumen de lo hablado llevándonos para ésto al salón de lectura. Como conclusión a todos los reunidos, que dependíamos de él, vino a decir que ya había hecho bastante por justificar hasta allí a todos los que le escuchábamos, pero - y ésto lo hizo bien patente - que en rigor de verdad el único que es-

taba justificado para acompañarle en este viaje, porque se necesitaban sus servicios, era yo; indispensable para atender a las obras de arte en cualquier necesidad urgente, por lo cual quedaban todos en libertad de hacer lo que mejor les conviniera, sin hacerse solidario más, en último caso, que de hablar de ellos con las autoridades de Ginebra a ver que solución le daban al caso.

Debió tener el asunto fácil arreglo con la entrevista que tuvo con Mr. Lenchenal, Presidente de la Confederación Helvética, puesto que este señor, primera autoridad en Ginebra, respondió por nuestros gastos en el hotel "La Residence" y la noche del 15 de ^{FEBRERO} ~~setiembre~~ ya la hicimos en él.

Al día siguiente me fingí enfermo para no salir del ho

tel y estando sólo todo el día estudiar concretamente lo que yo iba a hacer. No veía la manera de destacarme de ellos - que todos unidos íbamos a todas partes - para presentarme a las autoridades del General Franco. Pude investigar sin embargo que el Consulado español republicano - consulado o residencia de esta representación roja - estaba cerrado hacia unos días, pero no daba con el hilo que me pudiera llevar a las otras autoridades que buscaba.

Al día siguiente, 17 de febrero, pude justificar un paseo sólo. Era la primera vez que iba a andar por donde quísiera. Me miré el bolsillo y no tenía nada mas que los cuatro francos. ¿Por dónde empezar?.

Ya había sido trasladado al Palacio de la Sociedad de las Naciones todo el contenido del tren, pero aún no había

yo estado allí.

Pedí un plano de la capital en el hotel y salí de él como el que recobra la normalidad después de una fiebre. Este hotel era también de primera clase, o, al menos, a mi me pareció así, aunque la habitación que me asignaron era mucho más modesta que la de los demás, incluyendo la que ocupaba el chófer de Pérez-Rubio.

Como decía, salí del hotel sin un rumbo fijo, mirando aquí y allá, unas veces las calles y otras los escaparates, mientras trataba de dar con una solución. Así, andando, me detuve ante un establecimiento de objetos religiosos atraído por las imágenes que exponían en las vitrinas; espectáculo ya nuevo después de haberlas visto trituradas por el suelo de mi país. Entonces me fijé en un

rosario, al tiempo que miraba su precio y confrontaba en el bolsillo mis cuatro francos. El valía tres, y sin dudarlos penetré en la tienda. En nada podría invertir aquel todo mi dinero que me pudiera dar más rendimiento a mi situación. Aproveché el pretexto para preguntarle al dependiente en donde habría alguna iglesia católica. Ensayé mis primera palabras de francés y con gran trabajo me enteré que a la segunda bocacalle a la izquierda y después a la derecha, la primera, estaba San François.

Era la caída de la tarde y cuando penetré no había ni una sola persona. Esta soledad y el ambiente de obscuridad que había dentro de la iglesia me impresionó aún mas. En Ceret, Francia, fué la primera parroquia que pude pisar a hurtadillas, pero esta vez, más abatido que entonces, por-

que ahora hasta desconocía la suerte de mi familia. En aquel telegrama que les puse cuando llegué aquí, les ordené que ya podían pasarse a la España nacionalista, pero ¿lo podrían hacer con los quinientos francos que les envié?. No era posible. ¿Qué sería de ellos?. ¿Y de mi mismo que sería en un país en que no conocía a nadie, sin dinero y avergonzado de pasar por rojo, hasta que yo pudiera aclarar mi personalidad?.

Pronto se dibujó ante mi en el altar mayor la figura de Cristo con los brazos abiertos; actitud que parecía que había adoptado para recibirme. No me importa confesar la flaqueza: lloré. Estaba ante quien me lo iba a resolver todo.

Cuando me levanté estaba sosegada mi intranquilidad y una poderosa confianza cambió mi decaimiento.

Al salir, cuando tocaba mi rosario en la pila de agua bendita, saliendo de la penumbra se dirigió hacia mí un hombre fuerte y alto con ademán bondadoso atraído sin duda por lo que yo hacía a aquella hora en que precisamente se iba a cerrar la iglesia. Debía ser el sacristán u otro encargado. Entonces le pregunté como pude en francés, si sabía de algún sacerdote que hablara el español. Atentamente me escuchó y me dijo que el único padre español que había en Ginebra estaba en Santa Clotilde, una capilla situada al final de la calle San Jorge.

Mediante mi plano, con las explicaciones que me dió sobre el mismo pero sin poder tomar el tranvía que me indicó porque el franco que me quedaba lo guardaba para franquear una carta, llegué.

Efectivamente me informaron a la entrada de que existía allí este sacerdote español. Me anuncié y en seguida me recibió en su habitación. Se trataba del Padre Llagostera, nacido en Cataluña y llegado a Suiza por la persecución de que fué objeto y de la que se pudo librar. Aunque hubiera sido persona de pocas palabras y se hubiera mostrado reservado al recibirme, a mi me hubiera parecido muy bien, pero el tono acogedor y amable con que escuchó de pié mis primeras palabras, hizo que me resultara la aparición de un angel. Nos sentamos y cuando me proponía a explicarle mi caso y deseos, me los anticipó él adivinándolo todo. Puntualizamos, después de cambiarnos noticias de España y de la guerra, y aceptó muy satisfecho a ponerme en contac-

to con las legítimas autoridades españolas. Se fué al teléfono y habló con alguien que tenía esta representación. Se acordó la entrevista para el día subsiguiente que era domingo.

Aquella mañana del domingo, que era el día 19 de febrero de 1.939, oí la primera Misa desde que había empezado la guerra y después de comer fui a recoger al Padre Llagostera para hacer la visita al representante español.

Con el mayor cuidado para que no nos vieran juntos llegamos a la Avenida Bertrand nº 9, domicilio del Sr. Blanco, que era el que iba a recibirnos. La situación tan deseada durante toda la guerra se realizaría pronto.

Al pasarnos al hall y ver un retrato de Franco - el primero que veía - y nuestra bandera, que besé, me creí pisar

España. Pronto apareció la figura corpulenta y afable del Sr. Blanco, que sonriente nos estrechó la mano previa la presentación. En su despacho me escuchó con la mayor atención el relato minucioso que le hice de todas mis incidencias junto al Tesoro Nacional, desde que comenzó la guerra y cuanto se relacionaba con éste. Cuando acabé que duro mi conversación monóloga una hora, rompió su silencio para felicitarme, dedicándome palabras que me serán difícil olvidar. Entonces continuó haciéndome preguntas. Tomó mi nombre y cargo y quedó todo hecho; mas entregó al Padre Llagostera una cantidad para que atendiera a mis necesidades la que no rehusé en el momento para no ser insensatamente grosero a aquel rasgo, pero que, sin hacer uso de ella, se la devolví intacta a los tres días, como si la hu-

biera utilizado.

La prensa daba casi a diario noticias relacionadas con el Tesoro Artístico español después de la amplia reseña que dió de la llegada.

Las cajas de los cuadros y objetos que estaban almacenadas en la Sociedad de Naciones esperando el momento de comenzar el inventario que se proyectaba hacer.

Fuí a hacer gestiones a la Cruz Roja para que encontraran el paradero de mi familia.

Cuatro días después de mi presentación al Sr. Blanco, recibí un recado de éste de que acudiera a su despacho, a tal hora, que quería verme nuestro Ministro en Berna.- El Sr. Blanco era Delegado en Ginebra del Ministro, además de personalmente representar a España en la Sociedad de las

Naciones en determinados cargos - Don Domingo de las Bárcenas a quién entonces conocí, Ministro entonces, como digo, en Berna, me dijo en principio que me había llamado para felicitarme por mi actuación, lo que hizo de manera efusiva y cariñosa y me hizo el honor de ofrecirme su apoyo y su consideración para cuanto necesitara.

Por estos días había un paréntesis sobre lo que había de hacerse con las obras de arte que permanecían en los locales precintados. Mi vida por entonces era normal y reuniendome con los españoles a la hora de las comidas más prolongada la sobremesa con ellos por las noches.

Ya que todo lo anoto, debo consignar que como ninguno teníamos dinero para pagar el hotel, para no hacer aumen

tar la cuenta, el lavado de nuestra ropa lo hacíamos cada uno personalmente en nuestra habitación. Por mi parte hacía ésto después de cenar, y la tendía por cerca del radiador con cuerdas que anudaba del armario a la cama. Desde esta hora tranquila hasta la de acostarme, la dedicaba a hacer todas mis anotaciones del desenvolvimiento de todo.

Intentaron algunos reporteros de periódicos pedirme informaciones, las que eludí. El que más insistió fué Henri Michaelis, Journaliste accrédité aupres de la Société des Nations, según su tarjeta. Para excusarme a su reiteración, por medio de un criado del hotel le hice saber que no podía acceder por desconocimiento del idioma y poco después se presentó con un interprete. Entonces di-

je que no estaba. Yo no dejaba pasar un día sin escribir a España nacionalista a algunos de mis amigos; y era casi visita diaria del Sr. Blanco y muchos días del Padre Llagostera.

Regresaron a Ginebra los miembros de la Comisión Internacional que salieron de ésta el 18 de febrero para París, y el día 4 de marzo de 1.939 se comenzó, en la Sociedad de las Naciones, a hacer el inventario de lo traído.

Los preparativos fueron excepcionales. A la hora de comenzar, una sección de Seguritas estaba allí. Mr. Avenol Secretario General de la Sociedad de las Naciones, todos nosotros, la Comisión Internacional y una enorme cantidad de obreros con el material adecuado y camiones; todos éstos di-

rigidos personalmente por los directivos y el propio dueño de la casa Verón Grauer & Cie. S.A. engrosando este servicio por los subalternos y material de la casa G. Lavillat. Estaba nevando y hacia un frío horrible. Dentro una temperatura de 25 grados de calefacción eléctrica.

No sé quien fué el que lo arregló, pero ello fué que la casa Verón nos aceptó como si fuéramos a ser colaboradores suyos (lo teníamos que haber hecho de todas maneras) en aquel movimiento y nos asignó un sueldo de obrero. En otras circunstancias no hubiera aceptado ésto por deprimente, pero entonces era mejor para mí y al propio tiempo eran nueve francos diarios que era el primer dinero que iba a coger.

Se hicieron secciones. En un lado se inventariarían

los cuadros, en otro los tapices y en otro los objetos preciosos y en otro los códices y demás libros.

No sé si todo lo que tenía recopilado la Junta Central del Tesoro Artístico Español llegó aquí, pero creo que sí entre lo que trajeron ellos y lo que traje yo. Ya señalé que el tren que la Comisión Internacional tenía preparado cuando llegué a Ceret lo constituían doce vagones, que era con el que iban a partir. Lo que yo saqué de Perelada y llegó a Ceret, fueron quince camiones que se añadieron a aquellos, por cuanto que el tren que llegó a Ginebra lo formaban 22 unidades de carga. Añádase a esto los dos camiones más que me llegaron, porque así lo dejé dispuesto, cargados de objetos del castillo, entre ellos toda la plata,

según me los preparó Galobardes a quien dejé comisionado para ésto con ayuda militar, sin cuyo requisito no lo hubiera podido hacer. Así, para que el lector se pueda mejor dar idea de lo que llegó en total a Ginebra, agrego el presente detalle, a continuación, de lo que estaba embaldado.

Las cajas, unas eran muy grandes como de cinco metros por cuatro y otras pequeñas como de un metro por cuarenta. Estas cajas se dividían en series con marcas cada una de la serie a que pertenecían, según su procedencia de anteriores depósitos parciales. Cada caja, con un número correlativo, e independiente de los otros, en cada serie, contenía una cosa; varias, otras; y otras, por ser pequeños objetos,

eran muchos los que guardaban.

Véase la numeración: distintivos de las cajas y sus procedencias.

Serie A	46 cajas) Varios
Serie Arabe	28 "	
Serie B	21 "	= Banco de España
Serie B.H.	3 "	= Banco Hispano-Americano
Serie M.A.M.	23 "	= Museo de Arte Moderno y Junta de Madrid
Serie C.	68 "	= Paris
Serie P.N.	8 "	=Palacio Nacional.
Numeración romana	117 "	= Varios (la mayor parte el Museo del Prado.
Serie C.D.R.	19 "	= Cajas de reparaciones.

Sin embargo la presente reseña de series, había otros distintivos en otras cajas que además había sobre las dicha;

por ejemplo, las que contenían cosas de la colección del Duque de Alba, que tenían la marca AB, con bastante numeración; otras serie O. que por lo menos yo llevé, entre bastantes mas de esta serie, la num. 120; la que contenía el tesoro de la Catedral de Cuenca, con tal designación, y varios números - que éstas también las llevé yo, así como las del Santuario de Riba de Jarama, etc. - y también objetos sueltos sin embalar, entre ellos grandes rollos de tapices. Unase a ésto la colección de vidrios del Sr. Mateu, contenidos también en cajas con bastante numeración sin marcas.

Conservo, y no es del caso referir, para no engrosar más estas referencias, lo que específicamente se contuvo en los quince camiones que constituyeron la expedición mía, con la reseña de cada coche y el nombre de sus conductores.

Seguiré, pues, refiriendo el movimiento y detalles de cómo se desarrolló en la Sociedad de las Naciones la confección del inventario.

Dije que se hicieran secciones. En un lado se inventariarían los cuadros, en otro los tapices, en otro los objetos preciosos y en otro los códices y demás libros. Cada sección la asumía un miembro internacional y también se engrosó a la Comisión Mr. Gielly, Conservador del Museo de Arte e Historia de Ginebra, y el Director del mismo. Las mecanógrafas correspondientes, etc.

A mí me asignaron el puesto de dirigir la apertura de cajas de cuadros y mediante nuestro fichero clasificar las obras, cuya papeleta extendía y la mandaba acompañando al

cuadro para el examen de los peritos y su reseña en el inventario. También quedaba a mi elección las cajas que se debían abrir.

Pronto adquirieron las manipulaciones un ritmo acelerado y escrupuloso de ejecución. Suspendido el trabajo que se comenzó a las ocho de la mañana, a las doce comimos con la Comisión Internacional en la Sociedad de las Naciones. El aspecto general era optimista. El Trabajo se reanudó de dos a seis. A media tarde, sin suspender el cometido de cada uno, tomamos el té.

En los sucesivos días se hizo lo mismo excepto comer en la S. de N., por cuyo trabajo intenso todos caíamos cansadísimos por la noche. Por mi parte nunca me acostaba antes de las dos de la mañana, porque después de cenar me ence-

traba en mi cuarto para hacer por mi cuenta un trabajo que consistía en poner en limpio en una lista todas las notas que hacía para el inventario y tener así una copia de éste. Los días que coincidían con éste, el lavado de mi ropa, me acostaba a las tres de la mañana.

Hasta ahora no había tenido noticias de mi familia ni de nadie. Todos parecían muertos. El único contacto, que podíamos decir, que tuve directamente con España me lo proporcionó el teléfono del hotel el día pasado 28 de febrero. Me llamaron a él y un señor que comenzó en francés y cuando se cercioró que era yo, me habló en español; me dijo que quería hablar conmigo privadamente en nombre del Director General de Recuperación en España nacionalista; Sr. Murguza, y agregó que él era el Subdirector de la Compañía

de Automóviles Hispano-Suiza. Quedamos para al día siguiente citados en su Hotel de la Pax. Puntualmente llegó su coche cuando momentos antes yo había penetrado. Hablamos de todo y se interesó grandemente por las obras del Sr. Mateu - dueño del castillo de Perelada - en cuyo nombre me preguntó mil detalles.

El día 6 de marzo, o sea a los dos días de haberse comenzado el inventario, a las siete y media de la mañana cuando acudí a Correos, como hacia a diario, tuve gran sorpresa de recibir carta de mi familia que estaba perfectamente y que con grandes vicisitudes había llegado a la España nacionalista instalándose en Lérida, en casa de la hermana de mi mujer. Puede suponerse lo que representó esta carta para mí. Desde aquel momento ya no existían inconvenientes para nin-

guna de mis cosas y lleno de alegría todo me parecía nada.

Al día siguiente, encontré sobre la mesilla de noche otra carta también casi inesperada que venía de Londres; era del Duque de Alba.

"Su membrete dice: Estado Español, Agencia en Londres.- Sr. Don Manuel de Arpe. La Residence Florissant 11, Ginebra: Mi querido amigo: Mucho celebro haya podido escapar con vida de la barbarie roja y se haya puesto a la disposición de nuestras Autoridades en Ginebra, prestando así su adhesión incondicional a nuestra Noble Causa. Por nuestro Ministro en Berna, tenía conocimiento de que algunos de mis cuadros se encuentran a salvo en Ginebra, lo que, como puede imaginarse, me ha llenado de satisfacción. Queda suyo affmo. amigo q. e. s. m. - Alba.- 7 de marzo 1939".

Durante mi estancia en Ginebra no se interrumpió este contacto y recibí hasta cuatro cartas mas. La del

26 de mayo decía:

"Mi querido Arpe: Mucho agradecí su carta del día 12 de mayo incluyendo notas sobre cosas mías encontradas en esa. Le repito mi agradecimiento por el cuidado que ha tenido usted de mis cuadros. Las circunstancias eran difíciles lo cual aumenta mi agradecimiento".

(La carta sigue pero no lo cito por no ser ya de interés para lo que digo).

Me había quedado, reseñando aquí, en que se iba realizando el trabajo del inventario.

El 7 de marzo cobré mis primeros 54 francos suizos y este día sin saber quién lo dió aunque creo fuera el Gobierno suizo, pagó Pérez Rubio la cuenta del hotel de todos y desde este día corría por mi cuenta.

Al día siguiente, ocho, llegó adonde hacíamos el in-

ventario Don Francisco Cambó y también el Sr. Avenol, Secretario General de la S. de N. El Sr. Cambó me presentó al artista pintor Sr. Sert, que charlamos y me hizo algunas preguntas especialmente de nuestra situación en todos los sentidos y en el económico. Una hora después de esta entrevista y con ocasión de fumar yo un cigarrillo en el jardín, se acercó a mi el chófer del Sr. Sert y entabló conversación para mas tarde, en tono confidencial, decirme que el Sr. Sert pensaba ocuparse de nuestra situación económica. En rigor de verdad, el caso nuestro era inaudito, porque estando en funciones oficiales aunque pertenecieramos entonces a un Gobierno de bancarrota, era el caso que parecíamos como ajeno a aquello en cuanto a la retri-

pucción se refería.

Continuó el chófer su conversación, dándome a conocer - según sus sapientes conclusiones, en la que yo no encontraba la razón por la que él se abrogaban y se permitía hacer es tos comentarios - dándome a conocer, digo, que se proyectaba que el Sr. Cambó y el Duque de Alba, y quizás también de acuerdo con el Conde de Romanones, sufragarian todos aquellos cuantiosos gastos que ocasionaba el Tesoro traído. Giner un momento antes, vino adonde yo trabajaba para evitar que abriera la caja que contenía la Duquesa de Alba, por Goya - propiedad del Sr. Duque de Alba - objetándome con vehemencia que de ninguna manera debía de sacarse ese cuadro en ocasión de estar presentes personas tan amigas del Duque; pe

ro no logró su deseo, porque la mandé sacar.

Con éstas y otras cosas transcurrieron los días con este trabajo del inventario. Con frecuencia me disgustaba durante él, observando como se aprovechaba esta ocasión por algunos de la Comisión Internacional, que se dedicaban mientras tanto a hacer estudios de los cuadros con carácter personal, que sobre no referirse al asunto por el cual estaban los cuadros en Ginebra, con el manipulado constante que se hacia de las obras, peligraba su conservación. Además, en ocasiones se distraían tanto con ello, que tuve que advertir alguna vez que el sol daba a los cuadros, y fué incluso discutida mi advertencia.

El día 11 de marzo se trabajó poco porque se pasó to-

da la mañana prestándonos a que una casa de películas impresionara todas las operaciones que se hacían para darlo en los noticiarios.

Después de impresionada la película y, cuando en el jardín iban a hacer un grupo del Presidente y los técnicos, llegué yo, avisado por unos policías, y cuando me fui a colocar en un extremo, se volvió uno que estaba muy apuestamente colocado, después de atusarse sus ondas blancas, que se llama Carl Dreyffus, experto de los objetos del Louvre y Director del Museo de Cluny, y vivamente me dijo que yo no me pusiera. Me sorprendió esta actitud que en tan mal terreno se ponía al Museo del Prado, y con más viveza aún me coloqué en medio de espaldas a la máquina y dirigiendo me fuertemente a Pérez Rubio, que estaba en el centro, que

como el Sr. Dreyffus y yo en aquel momento eramos iguales, para quitarme yo se tenía que quitar también este pedante señor y, naturalmente, se me hizo formar en el grupo. Cuando éste se impresionó, en el que en el fondo malditas las ganas que tenía yo de figurar, como eludí mil fotografías, el Sr. Sert me cogió del brazo y haciéndose cargo del sentido de mi protesta, me dijo con palabras muy significativas, no transcribibles, que hice muy bien. Fuertemente me apretó el brazo, que me tenía cogido, como muda despedida.

En el hotel que viviamos todos "La Residence", desde el día 7 de marzo en que Pérez Rubio pagó la cuenta de todos con el dinero que para esto le dieron, se marcharon de él, el Pérez Rubio, Giner y la mecanógrafa de Pérez Rubio lla-

mada Elena Gómez, a los cuales sólo veía desde entonces en la S. de N., durante el trabajo.

Se dice de las coincidencias de las novelas y ésta que voy a citar parece de tal. En este Hotel, al que llegamos el día 15 de febrero, vivían ya, hacia larga temporada, los familiares del Sr. Mateu, dueño del castillo de Peralada de donde salió el Tesoro artístico, allí depositado, para Ginebra. Entre estos familiares se encontraba la esposa del Sr. Mateu que por cierto me enteré que cuando nos llevaron a los españoles a este Hotel, dicha señora con ascendencia en la casa por ser antiguos y estables clientes, protestó en la Dirección de que nos admitieran, o se marcharían todos ellos que con el chófer y su servicio particular, eran más que no-

otros. No lo pudo conseguir y optó en este caso por hacer ella las comidas cuando los comedores estuvieran ya desocupados, para no cruzar con nosotros ni la mirada. Por este motivo yo no la conocía ni creía hasta la fecha - y faltaban dos días para que cumpliera el mes que estábamos allí - llegado el momento de ponerme en relación con ella, a pesar del interés que parecía que podía tener esta entrevista. Ni me gusta nunca precipitar los acontecimientos, ni me gustaba en este caso que fuera yo el solicitante del encuentro. Pero al día 13 de marzo me telefoneó el Sr. Blanco - que es amigo de muchos años de los Sres. Mateu - de que la señora, si yo aceptaba, sería en casa del Sr. Blanco después de cenar para conocerme personalmente y que toma-

ramos una taza de café. Es indudable que yo acepté esta invitación muy gustoso y después de simular con los españoles que me retiraba a mi cuarto, me escabullí tal y como estaba, sin gabán ni sombrero a pesar del frío tan grande que hacía; mandé por un coche y puntualmente llegué a la residencia del Sr. Blanco, en donde ya era familiar mi asistencia. Momentos después, cuando encendíamos la chimenea de leña, llegaba la Sra. de Mateu, acompañada de su abogado, Sr. Martín.

Hechas las presentaciones se explica con la vehemencia e interés con que la señora me pidió detalles de su castillo el cual abandonaron al iniciarse el Movimiento en España. Todos los pormenores se los referí a aquel auditorio compuesto del Sr. Blanco y su esposa, la Sra. Mateu y su

Abogado, por el órden conveniente. El relato duró bastante. A continuación me dió toda clase de excusas por haberse reservado hasta este día este momento y juzgo que quedó muy agradecida a mi actitud, especialmente salvándole cuanto pude de sus colecciones. Quedamos también en que en el Hotel no nos saludaríamos y que en lo sucesivo hablaríamos por teléfono aún estando los dos dentro del Hotel. La velada fué larga y tuve que convencerla del porqué no podía aceptar, al retirarnos, el ofrecimiento de su coche para volver al hotel.

Los días continuaban sin grandes variaciones acudiendo a diario a proseguir con el inventario.

El día 14 de marzo, durante el trabajo, me propuso

Pérez Rubio, con ánimo de quitarme de enmedio, y que no observara, que me instalarían en un departamento de la S. de N. para que continuara las restauraciones comenzadas en Peralada de los cuadros de Goya "Los fusilamientos" y la "Carga de los mamelucos". De plano fué mi respuesta que yo no tenía mi cabeza para tales restauraciones, lo cual le cayó como un rayo y se ensalzó en una discusión llena de soberbia, probablemente para llevarme a un choque. Mas tuve la habilidad suficiente para no darle gusto sin tener que modificar mi actitud. Desde entonces se acentuó lógicamente nuestra tirantez.

Se está ultimando el inventario y el día 21 de marzo, llegó a mis oídos que el Sr. Cambó se iba a hacer cargo de

nuestros gastos. El directamente no me dijo nada de esto cuando hablamos algunos días durante las visitas que hacía para ver los cuadros, alguna vez acompañado.

El día 20 de marzo el Sr. Sert, que ya había hablado conmigo algunas veces, con extensión, puesto que se interesaba por todo y observaba siempre, retirandome aparte me propuso que le viera en su hotel por la noche a las nueve, privadamente.

Celebramos la entrevista a la hora convenida, con bastante extensión. Como resumiendo me dijo lo satisfecho que estaba de cómo había sido sacado el Tesoro artístico y encomió nuestra labor, dedicando a la mía personal los mayores elogios, objetándome que él apreciaba estos servicios como

méritos de guerra. Hay, me agregó, quién contrae un extraordinario mérito defendiendo los valores de su Patria en las trincheras y hay asimismo quien hace esa defensa, mientras aquellos cumplen con aquella honrosa misión, salvando ésta otra riqueza que alcanza además al mundo entero. Se piensa en una condecoración para estos servicios y de ello se ocupa en reciente carta que he recibido, el Conde de Romanones, lo que me satisface mucho decirselo a usted.

((Un inciso, amable lector: No consideres la cita aquí de tal conversación, como una piedra dejada caer con habilidad hacia mi beneficio. La razón de no eludir este hecho obedece a que se expliquen otros que le seguirán que son interesantes. Cuando regresé a España, me hizo el ho-

nor el Sr. Conde de Romanones, de hablar extensamente conmigo de todo lo aquí consignado: conferencia que duró una hora y cinco minutos y no me habló en nada de este punto, ni yo se lo recordé))). Antes de continuar léase la página 226.

El 24 de marzo de 1939, quedó ultimado el inventario. Al día siguiente la Comisión Internacional y nosotros hemos acudido a la S. de N. y se reunieron privadamente todos y parece que también el Sr. Sert. A mi no me invitaron a la reunión, aunque me consideraba con derecho para ello, pero como desde el principio Pérez Rubio, a pesar de ser yo el Técnico español, no me daba el lado que merecía por esto ante los técnicos extranjeros, no es raro que así lo hicieran y disculpo con esto la grosería de los expertos des

de luego todos muy engreídos y que comprobé más de una vez en algunos que se equivocaban como los del Rastro.

A la salida nos dió Pérez Rubio a Tomás Pérez (el Forrador) y a mi 71.60 francos como resto de no sé qué cosas, y al día siguiente me dió el documento que se copia a continuación:

"Hay un escudo nacional con el membrete.-
"Junta Central del Tesoro Artístico.- Como Presidente de la Junta Central del Tesoro Artístico,
"certifico: Que Don Manuel de Arpe y Retamino,
"Restaurador del Museo del Prado, adscrito a los
"servicios de dicha Junta, ha venido a Ginebra
"acompañando al Representante del Gobierno español,
"ñol, para hacer entrega de los fondos artísticos
"al Sr. Avenol, Secretario General de la S. de N.
"según estipula documento firmado por el Ministro
"de Estado español y el representante del Comité
"Internacional creado a este objeto. Habiendo de
"jado de prestar sus servicios en el día 25 de
"marzo de 1.939, día en que ha dado fin el inven-

"tario y que según declaración expresa, se pone a la disposición del representante del Gobierno de Burgos, de quien percibe desde el día de hoy sus emolumentos.- Ginebra, 25 de marzo de 1939.- El Presidente: firmado T. Pérez Rubio".

La empresa Verón también nos sufragó la última semana. Después el Sr. Sert me ha preguntado que con cuanto nos podrían sufragar nuestros gastos de estancia en Ginebra. Consulté con los demás y se le dijo que a razón de 12 francos diarios por persona y nos ha respondido que a ver si nos puede mejorar. Me citó en su Hotel de la Pax para darme una cantidad para unos días para todos. Eramos Adsuara, Tomás Pérez, la Srta. Chacel, Panades, Banderés y yo. Cuando comuniqué la noticia a ellos fué de gran expectación porque ninguno teníamos medios para con-

tinuar en Ginebra. Habiéndose terminado el inventario era un trance aventurado hasta aguardar lo que fuera.

Aquella noche del 25 de marzo acudí al Hotel dónde me esperaba el Sr. Sert y en la calle, sentados en un banco, me aguardaban todos con las naturales caras largas. Esperé en el hall que terminara con unos señores a hizo conversación conmigo. Me hizo la cuenta a razón de 12 francos suizos diarios por persona para diez días, me entregó 720 francos y le extendí un recibo agradeciéndole su ayuda. Salí y en seguida se cambiaron las caras en risueñas y hasta recibí abrazos. En seguida marchamos al Hotel y entregué a cada uno mediante recibo sus 120 francos.

Al día siguiente, cada uno ponía en práctica sus pro-

yectos y hubo una dispersión. Algunos se mudaron a sitio más económico y sólo quedamos en el Hotel, Tomás Pérez y yo, pues éste no quería separarse de mi.

Estaba echada nuestra suerte para el futuro. ¿Qué ocurriría?

A Pérez Rubio, Giner y la Srta. Elena Gómez de la Serna - mecanógrafa del primero - dejamos de verlos. Esta no sé donde vivía pero los dos primeros desde que se fueron el hotel seguían viviendo con el Cónsul de Méjico.

Aquí, pués, termina mi primera etapa en Ginebra.

x

x x

Desde entonces me consideré más libre aún y ya lo

era bastante. No tenía sino que aguardar el día en que comenzara mi servicio oficial al Estado legítimo de Franco, cuando este momento llegara por sus pasos contados.

Al día siguiente me brindó la atención el Sr. Blanco de ponerme un estudio para que pudiera desarrollar algunos trabajos particulares, pero ésto quedó sólo en proyecto por que en seguida me faltó el tiempo.

El día 27 de marzo tuve el disgusto de despedir a mi buen amigo el Padre Llagostera que salió para España.

En seguida el notición de que la guerra había terminado con el triunfo de las armas de Franco. Rápidamente fui a ver al Sr. Blanco y a mi bandera triunfante. Era de ca-
jón que nos dirigiéramos con este motivo a nuestro Ministro

en Berna, que entonces era el Marqués de Aycinena, y redacté el siguiente escrito que lo firmamos Adsuara, Pérez, Chacel, Panadés, Bandrés y yo.

"Esco. Señor: Los firmantes de la presente exposición, con cargos oficiales unos y otros sin ellos, pero agregados todos durante el curso de la guerra, con funciones distintas, dentro de la que fué Junta Central del Tesoro Artístico del que asimismo fué Gobierno republicano de España, tenemos el honor de hacerle llegar a S.E., como representante en Berna, del Gobierno nacionalista español, nuestra adhesión incondicional a la Noble Causa, al propio tiempo que nuestra felicitación por el triunfo logrado por las armas. Es aquí en Ginebra, E.S. donde pendientes de la resolución que el Gobierno adopte - estudio que actualmente se hace - con respecto a nuestra situación futura, en cada caso, dónde nos podemos poner a las órdenes de S.E., deseando tenga a bien aceptar nuestras manifestaciones; actitud desasociada de la conveniencia material y que la inspira únicamente

"nuestros sentimientos de lealtad incondicional
"hacia el Gobierno nacionalista. Dios guarde
"su vida muchos años. Ginebra, 2 de abril de
"1.939".

En los primeros días de abril de 1.939, no hubo variación alguna: todo el tiempo lo tenía libre. Seguía visitando casi a diario al Sr. Blanco, en cuya casa leía la prensa española. En la S. de N., como se sabe, estaba el Tesoro español en salones precintados. Los cuadros fuera de sus cajas apilados y éstas en orden perfecto de numeración correlativa, en salón aparte también precintado. Los tapices y objetos sí estaban embalados cuidadosamente.

Por mi parte indagando cuando y quién sería la persona que vendría a hacerse cargo de aquello para en seguida ponerme a sus órdenes, y pronto me enteré que sería D. Fer-

nando Álvarez de Sotomayor. Supe después que tenía pedidas habitaciones en el Hotel Peninsular y Adsuara, Tomás Pérez y yo le dejamos nuestras tarjetas ofreciéndonos para cuando llegara.

El día 8 de abril fué pródigo en novedades. Como ya habían transcurrido los diez días para los que recibimos la cantidad que nos dió el Sr. Sert, le escribí a Paris, según me tenía indicado éste, y hoy recibía su carta respuesta con un cheque por 500 francos suizos que hubo necesidad de negociarlo en Paris (tuvo una distracción al extenderlo) y lo entregamos en el Hotel para esta negociación al propio tiempo que como garantía.

Por la tarde acudí a casa del Sr. Blanco citado allí

por el Sr. Mateu, dueño del Castillo de Peralada y Alcalde de Barcelona, que había llegado a Ginebra y quería hablar conmigo.

Esta entrevista me defraudó porque el Sr. Mateu no me interesó más que datos del lugar o la existencia de cosas de su colección. Le pasó desapercibido lo que me supuso salvarle la mayoría de sus colecciones, entre las que se encontraban la valiosa colección de vidrios, o, por otra parte, debió considerarlo como una obligación mía el que me hubiese ocupado de ello. Naturalmente que yo no lo hice para que me lo agradeciera. Mi objetivismo no era otro que el salvar obras de Arte sin importarme para nada el tener de ellas, pero como eralógico que hiciera el cumplido del

aprecio, al no dedicar una s6la palabra a ello, me hizo dar cuenta de que la acci6n le tuvo sin cuidado a pesar el inter6s que me mostr6 hasta por sus cosas m6s secundarias. Paraba en mi mismo hotel pero no nos vimos m6s que en esta ocasi6n.

Por la noche, cuando tomaba en el bar del Hotel mi acostumbrado caf6, a las nueve y media de la noche, me avisaron al tel6fono y fu6 gratamente sorprendido por las palabras del Sr. Sotomayor que acababa de llegar a Ginebra y me hizo el honor de dirigirse en seguida a mi. Me fu6 una grande alegr6a por todos conceptos. Desde que ingres6 en el Museo del Prado, el a6o 1.922, fu6 nuestro Director; cargo al que renunci6 al instaurarse la Rep6blica y ahora

dejando su puesto de Alcalde de La Coruña - cargo que ostentó durante la guerra con la doble personalidad de dirigir, con provechosos éxitos, una fábrica de industrias textiles - adquirió de nuevo la dirección del Prado y comisionado por el Gobierno venía a Ginebra a hacerse cargo del Tesoro Artístico para restituirlo a España. Al propio tiempo, iba a organizar la exposición que más tarde y con éxito excepcional, se celebró en Ginebra, de nuestras obras maestras.

Después de darle la bienvenida me citó en su hotel para la mañana siguiente. Le comuniqué la noticia a los compañeros y fuimos recibidos por él, Adsuara, Tomás Pérez y yo, más también Bandrés que nos acompañó para ponerse así mismo a sus órdenes.

No me tengo que forzar para que se comprenda nuestra emoción en esta entrevista. Ya estamos en pleno contacto con nuestra España y su acogida cariñosa nos relevó de todos nuestros pesares. La nota triste que nos comunicó fué la pérdida de su hijo mayor, que encontró la muerte como el mas pundonoroso militar en nuestra Cruzada. Los ojos del maestro volvieron en seguida a sonreirnos y a hablar del plan a desarrollar.

El día siguiente lo pasó en Berna y el 11 de abril celebré con él una extensa conferencia en la que le ofrecí cuantos datos deseó. Desde entonces, me favoreció con su confianza y nunca le agradeceré bastante el informe que hizo de mi actuación y que remitió a Burgos con el que así

mismo hizo igualmente valioso de Adsuara y Tomás Pérez, encomiando nuestra labor con la precisión suya característica de no enjuiciar sino lo que conoce hasta la saciedad. Lo cual no quiere decir que nosotros - y particularmente hablo por mi - merecieramos sus encomios, sino que aclaro que él nos juzgaba en los datos que conocía, que no podían ser todos los de nuestros actos durante la guerra, porque él no los presencié. Desde entonces, lo veíamos a diarios y pronto empezamos a secundar sus órdenes de manera concreta.

Como Pérez Rubio y Giner se llevaron los ficheros, solo existía para el Gobierno de todo aquello, el inventario hecho, a mi juicio demasiado conciso; pero como yo tenía el arsenal de datos que fui tomando de todo, arrancando desde

Valencia, pude ofrecerle al Sr. Sotomayor bastante pormenores que sirvieron para la organización. De mi voluminosa cartera salían esas particularidades que dejan de ser secundarias cuando no existe fuente mejor.

Pronto vinieron las realidades. El 11 de abril de 1.939 quedó el Sr. Sotomayor hecho cargo de todo lo de España y el día 19 del mismo mes por la tarde se ha empezado a hacer el traslado desde el Palacio de la S. de N. al local de la exposición de automóviles de los cuadros que no van a figurar en la exposición.

El día 12 escribí al Sr. Obispo de Madrid-Alcalá una noticia que iba a interesarle.

De nuevo la casa Verón se hizo cargo de todo aquel

tráfico y de nuevo la policía empezó también a prestar sus servicios en la rigurosa custodia de los transportes y depósitos.

Por otra parte, la Sra. Mateu, desaparecida la hostilidad que le opuso a los rojos, solicitaba detalles de la existencia de sus colecciones y se le dieron todas la facilidades posibles y así pudo complacida encontrar más cosas de las que ella se figuraba. Con esta satisfacción, por medio del Sr. Blanco, muy amigo de la familia, me comunicó su deseo de ayudarnos en nuestra situación económica a Adsuara, Pérez, Panadés, Bandrés y a mí. Mas como aún estaba en trámite los honorarios que íbamos a percibir, ya directamente de nuestro Gobierno, y nuestra situación era

algo apurada, accedí en aceptar esta ayuda para mis compañeros pero rotundamente declinandola para mí. Sin embargo, transcurrieron los días y ésto no llegó a realizarse en favor de ninguno.

Siguió el curso del traslado de los cuadros, que no iban a ser expuestos, al local que señalé: un amplísimo edificio de cubiertas de cristal que cubría el mundo entero dentro de él.

Los cuadros que iban a figurar en la exposición salían de la S. de N. para donde se celebraría ésta, que era en el Musée d'Art et d'Histoire.

Hecha la distribución de estas obras, cada una a su local, se empezaron a traer al amplio local descrito, to-

das las cajas que contenían los tapices, libros y orfebrería.

La amplia galería alrededor de 22 pasos de ancha, quedó pronto atestada, transitable nada más que por las calles dejadas. En el centro, terrizo, de una longitud de 151 pasos por 80 de ancho, pasaban desde la calle a nivel, los grandes camiones y carros de caballos. El movimiento era enorme, semejando al de una gran fábrica. El servicio de bomberos se puso permanente paseando constantemente alrededor el que le correspondía el turno. Asimismo de manera permanente también se puso un puesto de Seguritas. Los camiones entrando y descargando, cuyo control recibí, el ruido de las carretillas, etc. era, como digo, de un

efecto sorprendente en el que se respiraba un ambiente de recuperación.

El 29 de abril se daba por terminada esta parte, entrando a su lugar la última caja. Coincidió en este día el que recibieramos de manos del Sr. Sotomayor nuestra primera paga oficial que ya había reconocido Burgos, y cuyo detalle para mi era por día de 16 francos suizos.

Una carta me llegó entonces, entre las de España, del Sr. Obispo de Madrid-Alcalá, que transcribo porque la agradecí mucho:

"Está el membrete episcopal.- Sr. D. Manuel de Arpe.- Distinguido señor: Tengo mucho gusto en acusar a usted recibo de su carta del 11 del corriente mes de abril, que le agradezco muy de verás. Mil y mil gracias por la alegría inmensa que me ha proporcionado usted en su noticia so-

"bre el paradero de la Imágen de Nuestro Padre
 "Jesús de Medinaceli. Las he dado una y mil ve
 "ces al Señor, al leer su carta. Reciba mi
 "más sincera felicitación. Inmeditamente que
 "recibí su carta, comuniqué la grata noticia a
 "los RR.PP. Capuchinos, que me han dicho escri-
 "birán a usted. Ellos perdieron la pista de la
 "imágen desde que llegó al castillo de Peralada.
 "Gracias una vez más y disponga de su affmo. s.
 "s. que se encomienda en sus oraciones y le ben-
 "dice de corazón.- El Obispo de Madrid-Alcalá.
 "Un Capuchino ha salido ya para verse con usted.
 "Madrid, 19 de abril de 1.939".

Días después recibí esta otra que también transcribo
 por
 su relación con la primera, del Muy Reverendo Padre
 Provincial de los Capuchinos:

"Sr. D. Manuel de Arpe.- Muy estimado señor:
 "El Excmo. Sr. Obispo de la Diócesis, nos ha co-
 "municado la grata noticia que usted se ha digna
 "do poner en su conocimiento, la cual nos ha ale
 "grado sobremanera, por confirmar las noticias
 "que nosotros teníamos sobre el mismo asunto.
 "Hace cuatro días que uno de nuestros religiosos,

"el M.R.P. Laureano de las Muñecas, salió pa-
"ra Ginebra, con delegación especial nuestra
"para tramitar con la mayor rapidez posible,
"el retorno de la Sda. Imágen tan venerada del
"religioso pueblo de Madrid. Sinceramente
"agradecería a usted se dignase prestar al so-
"bre dicho P. Laureano todo el apoyo que le fue-
"re posible, con el fin de que tengamos cuanto
"antes con nosotros a Nuestro Padre Jesús Na-
"zareno. Con sentimientos de sincera gratitud
"y estima, se ofrece a usted affmo. s. s. y ca-
"pellan, Fray Agustin Corniero, Provincial. Ma-
"drid 17-4-939 Año de la Victoria".

Estas cartas, y otras que no cito para no aumentar demasiado esta Memoria, eran otras tantas inyecciones que me compensaban con creces de lo pasado.

Como decía, el 29 de abril de 1939 había quedado terminada esta primera parte. Un leve descanso de unos días me sirvió para ocuparme de mis asuntos personales.

Con medios propios pude transformar mi vida. Dejé los harapos con que llegué y que vestí hasta entonces y me hice la ropa adecuada. También dejé el hotel y tomé unas habitaciones particulares en el Bar. Karl Vogt.

Se volvió a reanudar el trabajo con la doble finalidad de empezar a prepararse la exposición y hacer el aparcamiento para formar con él el primer tren con cosas para España.

Llegó en esto el R.P. Laureano que venía a hacerse cargo del Cristo de Medinaceli, y tuvo para su cometido todas las facilidades, pues tanto el Sr. Sotomayor como el Sr. Muguruza (Director General de Recuperación) se tomaron mucho interés en ello.

Con el P. Laureano contraí una buena amistad. Co-

mimos juntos algunas veces y me dió una porción de noticias que yo desconocía relacionadas en su mayor parte con la guerra transcurrida; cuanto mas que había tomado parte muy activa en todas clases de misiones y especialmente en las concernientes a su representación espiritual, con la que pudo consolar a tantos y auxiliarlos en sus últimos momentos. Su carácter de una actividad extraordinaria y gran simpatía me hizo acceder a su ayuda en mi cometido y más de una vez, cuando no había obreros próximos, entre los dos cambiábamos los cuadros de sitio o rebuscábamos en sus pilas. El también estuvo en la liberación de Arava, que era en donde yo dejé mi casa intacta cuando salí para Madrid y, días después, para Valencia.

Le expliqué la situación de la finca, contigua a la iglesia del pueblo, y en seguida la recordo dándome de ella detalles inconfundibles, en este caso de lo que había quedado de los muros, porque del contenido no quedaba ni una astilla. El ajuar personal era para mí lo de menos; lo que más sentí fué la pérdida de mis libros, el material grande que tenía para mi profesión y la modesta colección de objetos antiguos y cuadros que era en total la recopilación de toda mi vida de trabajo. Compartió mi reflexión de que otros habían perdido mucho más, tanto como la vida de sus seres más queridos.

El 10 de mayo despedía al P. Laureano, unido al Cristo, dentro del primer tren especial que salía para España.

En ese tren se marchó también el llamado Panadés, que fué chófer de Pérez Rubio. Desde entonces no volví a ver a la Srta. Chacel cuñada de éste, que seguía viviendo en Ginebra. Por este tiempo también supe que se marcharon a Paris, Giner, en compañía de Pérez Rubio, y la mecanógrafa de éste, Elena Gómez, a Méjico. De todos los españoles llegados sólo permanecíamos Adsuara (escultor laureado y Profesor de la Academia de San Fernando de Madrid), Tomás Pérez y yo; mas también se le dió entre nosotros un cargo subalterno a Bandrés.

Se empezó a preparar otro tren. En los preparativos de éste no intervine yo porque entonces me ordenó el Sr. Sotomayor que me ocupara en lo que había que hacer en la

exposición. El clima ginebrino había hecho que bastantes cuadros se pasmaran; ésto es, que sus barnices se alteran y precipitadas las resinas de éstos, por el fenómeno de la humedad, se transforman en el caso más leve, en una especie de niebla que oculta más o menos a su pintura; y en los casos más acentuados esta niebla se intensifica a un color ceniciento que no lo deja ver en absoluto. Tenía, pues que arreglar bastantes cuadros atacados por esta clase de mal, entre los cuales se encontraba "Las Meninas" de Velázquez, sin más tiempo que el que mediaba entre el 11 de mayo hasta su último día, ya que inaplazablemente la Exposición se inauguraría el 1º de junio.

Cambié, pues, de ambiente dejando los camiones, los

cargadores, los policías y los muelles de la estación por este otro en el interior del Museo de Arte e Historia. Se hacía en éste un derroche de preparativos, algunos costosísimos, como la instalación de la luz eléctrica entre el techo de pizarra del Museo y la cubierta de cristales interior de las galerías. Un competente ingeniero, con sus auxiliares, revisaba los trabajos y daba órdenes, a buen número de operarios encargados de este servicio.

Naturalmente que antes de comenzar todos este movimiento se hubo de desocupar de todas sus obras expuestas habitualmente.

Por otra parte eran los tapiceros que comenzaron por hacer grandes y fuertes armaduras de hierro que después

recibirían los inmensos tapices de las batallas de la Conquista de Túnez por Carlos V, que serían exhibidos en la sala de honor. O también, aunque con menos peso, los que se lucirían en otra sala como los famosos pertenecientes al Palacio Real de Madrid, fina y célebre tapicería del siglo XV con representaciones de la vida de la Virgen; otros, en fin, serían instalados por la suntuosa escalera que daba acceso a esta planta principal elegida.

Estas piezas únicas se veían distribuidas por aquí y allá, alternando en combinación grandiosa con las mejores obras de Velazquez, Greco, Goya, Murillo, etc. por nuestra tierra, al propio tiempo que otras escuelas se hacían representar por Ticiano, Rafael, Durero, Rubens, etc. etc. porque la mayoría de los famosos maestros tenían represen-

tación en este conjunto único.

En los amplios salones era un cruzar constante de personas, cada una llevando a cabo su cometido con toda presteza porque el tiempo apremiaba.

La sección de carpinteros, en sus distintas especialidades, también tenía a bastante que atender, puesto que, además de repasar lo necesario y colaborar con los electricistas hacían una nueva instalación para los servicios de la entrada, en los que varios empleados se ocuparían, mediante un mostrador-vitrina, de facilitar las entradas. Al Sr. Sotomayor se le veía observando estos trabajos acompañado siempre por su mejor auxiliar, su hija Pilar. Pronto hizo el maestro la distribución de las obras. De vez en cuando,

hacia alguna rectificación de lugar de algunas, lo que estudiaba con detenimiento antes de decidirlo. Iba surgiendo todo a la vez y por día el trabajo avanzaba presagiándose, por el efecto que se lograba, lo que después corroboró la realidad: que fué la admiración de todos.

En los últimos días, entre el conjunto habitual de operarios se empezaron a ver corresponsales de periódicos locales y extranjeros que preparaban las publicaciones para sus diarios. Entre éstos también los había femeninos y reporteros gráficos. Estas caras nuevas mezcladas al tráfico daban a entender, como precursores del público, que aquello tocaba a su fin. También, cuando ya se daban los últimos toques, se veían algunas visitas que por sus buenas relaciones go-

zaban de este privilegio para saciar su impaciencia. Y, por último, los jardineros se ocuparon en distribuir algunas palmeras y laureles de bola. Felizmente también pude yo terminar lo mio, la tarde del último día de mayo.

Se revisaba cualquier descuido cuando llegó el momento de la inauguración que fué al mediodía del 1º de junio. Un jueves lleno de sol.

Con todos los detalles que preceden a un acto de esta naturaleza, se cubrieron todos los pormenores y sobre una pequeña tarima cercada de flores y helechos, a la que daban guardia con uniforme de gala y sendos sombreros de pico dos Seguritas de los más altos, vistiendo chaquet, subió con unas cuartillas que sostuvo en un fascistol Mr.

Adrien Lachenal, Presidente del Consejo de Estado, quien empleó bastante tiempo en su discurso inaugural, cara a un enorme gentío de invitación, y respaldado por diferentes representaciones oficiales.

Los segundos aplausos fueron para S.E. el Marqués de Aycinena, que le sucedió en este puesto y, por último, habló Mr. Pilet-Golaaz, Ministro del Consejo Federal.

La extensión de las tres disertaciones, la enorme cantidad de personas reunidas, en las que se veían muchas señoras, y el primer día que diríamos de calor para Ginebra, hizo sofocarse a los más. Por fin, cumplida esta hora protocolaria, pudieron estos primeros visitantes allanar todas las salas y comenzar a admirar la bella colección que desde este momento cautivó a todos.

Viendo yo aquel espectáculo me hacia la consideración de la sangre que habia costado el llegar a él. Traspasar a Ginebra el Museo del Prado - diríamos, en masa - no podría sino obedecer a un hecho tan luctuoso como fué el nuestro o a otro análogo en calidad; en otro caso no podría ser explicable.

Como si fuera un invitado más recorrí las salas entre el público para conocerlas en este aspecto, y pude ver en todas las caras que no asistían a una simple curiosidad, no, sino que inquirían de cada cuadro o tapiz con el mismo fervor que un estudiante desentraña su lección. El nombre de España era repetido mil veces.

Desde este día se puede asegurar que no disminuyó en

lo más mínimo ni el interés ni la afluencia de visitantes. Desde las diez de la mañana a las diez de la noche, salvo las dos horas que se cerraba entre seis y ocho, era un desfile permanente de un público aconglomerado, en su mayoría estudioso, y de todos los matices; porque he de consignar, que el obrero por estos países es tan interesado por el Arte, como las clases privilegiadas que cuentan con más tiempo para este recreo espiritual.

El 14 de junio, a las 2'5 de la tarde, salía para España el segundo tren especial completamente cargado como el primero, del tesoro que se restituía y en él todo lo que quedaba en Ginebra, excepto lo que se exponía. En este tren también despedí a Adsuara y a Tomás Pérez, que marcha-

ban con él.

De todos los venidos, ya era yo el único que quedaba en Ginebra, ordenado así por el Sr. Sotomayor, para contar con mis servicios como Restaurador por si ocurriera alguna novedad que requiriera utilizarlos, como así fué más adelante que tuve que intervenir el "Jardin del Amor" de Ticiano, que su color comenzó a levantarse, y otras pequeñas cosas en otros lienzos. Fuera de alguna cosa que así surgiera, mi ocupación, desde entonces, se limitaba a hacer observar el cumplimiento de algunos servicios que, aunque en verdad no precisaban de control porque allí todo se hacía exacto a cómo se mandaba, no estaba de más vigilarlos por algún descuido que pudiera ocurrir con la mejor buena fé.

Nunca podría ser sorprendido fuera de su sitio, ni desinteresado de su función, a ningún bedel ni menos aún si cabe, a un funcionario de Seguritas, que eran los que vigilaban por cuenta del Estado. Además, existía el servicio de policía secreta.

El público aumentaba por días y decidieron poner vallas ante los cuadros; de lo que, aunque previsto, se desistió en principio por antiestético.

El Sr. Sotomayor nos privó por unos días de su dirección inmediata por tenerse que recluir en una clínica con un mal en la vista. Así, todos los días le visitaba en ella además de para interesarme por su salud para darle cuenta de todo y recibir sus instrucciones. Por lo demás, todos

los días pudieron considerarse iguales. De vez en cuando, acudía alguna alta personalidad residente allí o cercana y algunas del extranjero, a la que solía acompañar el Sr. Sotomayor que pronto volvió, o, en su ausencia y por su delegación, las acompañaba yo, como por ejemplo la que hizo el Sr. Arzobispo de Buenos Aires y un Ministro de aquel Estado que tuve el honor de recibirlos y acompañarlos.

Para el 6 de julio se anunció la visita de Don Alfonso XIII, residente en Lausanne, y llegó la mañana de este día, acompañado del Duque de Maura y el Sr. Quiñones de León. Fué recibido a la puerta del edificio por el Sr. Sotomayor, Mr. Lachenal, Presidente del Consejo de Estado, los Sres. Bejarano y Blanco, el Director del Museo, su Conservador Mr. Gielly, y yo.

Hechas las presentaciones, minuciosamente comenzó el recorrido. En la primera sala, el Sr. Quiñones de León, de quien anteriormente había recibido gratas felicitaciones para como él juzgaba mi conducta durante el periodo rojo, me dijo que me adelantara con él hacia Don Alfonso, al que me presentó con palabras de encomio y consideración. Don Alfonso entonces, que debió de recordarme, con todo afecto me estrechó la mano y escuchó con toda atención el relato que me pidió sobre lo transcurrido hasta que el tesoro español llegó a Ginebra. No se apartó un sólo momento su mirada de la mía, haciéndome de vez en cuando preguntas para que le ampliara algunos detalles que yo aligeraba para no entretenerle demasiado y, sin embargo, esta conversación

duró una media hora, en presencia de Mr. Lachenal, Presidente del Consejo de Estado suizo, del Sr. Quiñones de León, del Duque de Maura y del Sr. Sotomayor. Por último, estrechándome la mano recibí su felicitación, excusándome por mi parte de que no hice sino tratar de cumplir con mi deber.

Mediada la visita, cuando admiraba el tríptico del "Bosco", presentado abierto, quisieron mostrarle el reverso de las portezuelas que estaban sujetas con alambre a unas hembrillas. La precipitación con que varias manos trataron de soltarlas hizo que no lo lograran en el primer momento y entonces se volvió hacia el grupo y buscándome dijo: "Dejar a Arpe que las quite, que ya le conocen".

Su visita duró hora y cuarto y fué despedido por los mismos que le recibieron.

Eran numerosos los críticos de arte que también acudían desde países lejanos. También volvió algunas veces el Sr. Cambó y el Sr. Sert, acompañando éste a personalidades extranjeras a las que siempre me presentaba sin que se volviera a hablar mas del auxilio material que nos prestó. Por la mañana, antes de abrirse la Exposición todos los días acudía por mi parte, por orden que recibí, para facilitar la labor de algunos especializados en la reproducción de los cuadros en color, que tiraban infinidad de placas preparatorias para sus ediciones.

Una noche, estando la Exposición abierta, ocurrió una falsa alarma. Fumaba un cigarrillo a la puerta, cuando

fui avisado por un transeúnte de que salía gran cantidad de humo de los tejados de la Exposición. Rápido atravesé a la acera de enfrente, desde la cual ví una espesa y grande humareda, precisamente saliendo del lugar adonde correspondían expuestos la colección de los cuadros de Velázquez. Como después comprobamos, provenía de una chimenea muy corta que salía entre los tejados citados pero que no se dejaba ver desde la calle. Ante un hecho así, en que había de procederse con la mayor rapidez, antes de correr a investigar las causas, muy distante de la planta baja en donde me encontraba, como prudente precaución en cuanto ví aquello, di orden de avisar a los bomberos cuyo servicio de incendios dió pruebas evidentes de su mag-

nífica organización.

Sirvió esta falsa alarma para que se pensara seriamente si ello pudiera ocurrir, y como resultado de la reunión habida al efecto, se organizó una serie de precauciones con un servicio especial permanente a este objeto. Se hizo un impreso de varias páginas detallándose en ellas cuanto había de hacerse en un caso de tal naturaleza, con relación de los funcionarios, puestos de cada uno y servicio complementario de fuerzas de Seguritas que tomarían parte, e incluso se le señaló a la casa Verón su colaboración para que, en su caso, acudiera también con sus camiones para recibir las obras. Después, varios días, se hicieron prácticas de la organización, e incluso un último día ante las autorida-

des respectivas.

Seguía el curso de la Exposición.

Don Alfonso XIII volvió a visitarla sin aparato oficial, acompañado de su hija la Infanta María Cristina y de un grupo numeroso de sus amistades; como asimismo, en otras ocasiones, también acudieron el Infante Don Juan acompañado de su esposa una vez, y otra de su hermana.

El Duque de Alba también la vió, siendo Embajador en Londres, y no hablo sino de personalidades españolas a las que me cupo el honor de acompañar, porque sería una lista grande si citara a las visitas extranjeras.

El 20 de agosto pude recibir a mi mujer y mis hijas que obtuvieron este permiso especial para que pasaran unos

días conmigo.

Y, el 31 de este mes, a las 10 de la noche, quedaba clausurada la Exposición.

El momento era de toda la preocupación porque la guerra europea estaba a punto de estallar. Si todo el mundo se preocupaba por ésto, puede suponerse la preocupación nuestra hacia el posible conflicto armado, teniendo fuera de España nuestra mejor colección.

Se encontraba entre nosotros, el Comisario General de Recuperación, Sr. Muguruza. De hora en hora, se meditaba y deducía de los partes que llegaban informando sobre el desarrollo de los diálogos y reuniones de las potencias advocadas a comenzar la lucha, haciéndose cábalas si todo

quedaría resuelto sin que recurrieran a las armas. Por todo había que acelerar el retorno de aquello y lo primero que se desechó fué la idea bastante divulgada, en la última quincena, de la Exposición, que era de acceder a la prórroga de ésta. En este punto estaba el estado de ánimo de todos, cuando llegó el momento aludido de su clausura. Por lo cual, por órden de los que podían decidir el plan a adoptar, tan pronto salió del local el último visitante, se comenzó a poner en práctica las órdenes recibidas con la mayor aceleración, sin importar la hora de iniciarla: diez de la noche. Así se comenzó por empezar a descolgar los cuadros, poniéndoles en sus ángulos las almohadillas de protección.

A la mañana siguiente, se tenía ya buena cantidad de cuadros así arreglados, y, al propio tiempo que se continuaba esta operación, se iban depositando en vagones-capitonés para no perder tiempo embalándolos en sus cajas, excepto los de grandes dimensiones que como no cabían en estos vagones, se prepararon dentro de sus primitivos embalajes. Tan rápido se hizo todo, que cuando el día 3 de setiembre de 1.939 se declaraba la guerra, ya estaba el tren formado y dispuesto a salir. Pero se presentaba la dificultad de la concesión de la vía libre por Francia, en los azarosos momentos de comenzarse a mover las tropas y el material.

Esta labor diplomática nos hizo estar buen tiempo dentro del tren, preparados, por si venía la orden de poder em

prender el viaje, como se esperaba de manera tajante que no permitiera la menor demora. Así estuvimos desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde del día cuatro, sin salir de nuestro vagón. A esta hora se nos comunicó que podíamos retirarnos a la población hasta el día siguiente por la mañana.

Eramos viajeros en este tren, los siguientes: Don Fernando Álvarez de Sotomayor y su hija Pilar; Don Pedro Muguza y su señora; Don Felix Bejarano, representante de España en la Sociedad de Naciones; un señor, también diplomático llamado Don Leopoldo; Don Juan Macarron y su sobrino, que días antes vinieron llamados para que realizaran - como lo hizo perfectamente - el levantamiento de la Exposición y acomodo de los cuadros; mi mujer con mis dos pequeñas hijas

y yo. Todos íbamos en un coche a la cabeza, y en otro, antes del furgón, las fuerzas de Policía encargadas de la custodia.

A esta hora todos descendimos y nos volvimos cada uno a su hotel, citados para la mañana siguiente a las nueve, como naturalmente hicimos y el día 5 de setiembre de 1.939 a las once menos veinte, despedidos por distintas personalidades, entre las que se encontraba el Sr. Blanco, arrancó el convoy.

Una hora y veinte minutos despues, a las doce, llegamos a la estación de Bellegarde, frontera francesa, en donde se hizo una larga parada y en cuyo lugar se relevaron las fuerzas de custodia suizas por las francesas.

No creo que carezca de curiosidad el que reseñe las particularidades de este tren por su importancia histórica en razón de la riqueza que transportaba.

El vagón en que íbamos los acompañantes era de clase 1ª y 2ª, con la siguiente numeración S.N.C.F. = A²B⁵ y fi. 3384 = 41^T.

Los vagones de carga eran cinco, por el siguiente orden: TT WF = 161078 = el cual llevaba un capitoné mediano; TT W = 361576 = el cual llevaba un capitoné pequeño; seguía un furgón de capacidad para 60 hombres y 8 caballos; TT W = 362009 = el cual llevaba nueve cajas de cuadros y cinco con tapices. En una de las cajas grandes "Las Meninas" de Velázquez: SBB - CFF = 68289, el cual llevaba un capitoné gran

de; TT OU = 357287, el cual llevaba una caja grande con la "Familia de Carlos IV" de Goya y cuatro de tapices.

En resúmen, este tren contenía la selección de obras maestras del Museo del Prado por un total de 174 cuadros cuyo detalle era así:

Obras de Goya, 38 - del Greco, 25 - de Maino, 1 - de Morales, 1 - de Murillo, 4 - de Pantoja, 1 - de Ribera, 5 - de Sánchez Coello, 1 - de Velázquez, 34 - de Zurbarán, 2 - de Bosch, 3 - de Bouts, 1 - de Brueghel, 1 - de Van Cleve, 1 - de Cranach, 2 - de Durero, 1 - de Van Dyck, 6 - de Flámalle, 2 - de Giorgione, 1 - de Gossart, 1 - de Mantegna, 1 - de Memling, 1 - de Moro, 1 - de Patinir, 3 - de Rafael, 6 - de Rubens, 9 - de Tintoretto, 7 - de Tiziano, 10 - de

Veronés, 2 - y de Van der Weyden, 3.

También transportaba este tren una rica colección de la tapicería del Palacio Real de Madrid, compuesta de 21 ejemplares de los Siglos XV y XVI, de la mayor riqueza: tejidos con oro, plata, sedas y lanas, que fueron también expuestos en la selecta Exposición.

Iba diciendo que habíamos llegado a Bellegarde a las doce de la tarde del día 5 de setiembre de 1.939, de cuya estación salimos a las tres menos cinco: una parada larga como para formalizar todo lo necesario para atravesar Francia en circunstancias de una guerra acabada de comenzar.

Se recorrió todo el día hasta las 7 de la tarde que llegamos a la estación de Lyon. Aquí nos empezamos a pre-

ocupar más por la órden que nos llegó, la advertencia, y los preparativos. Las tres cosas llevó nuestro ánimo a ponernos de nuevo en pleno ambiente bélico. Primero: se nos dijo que quedabamos allí detenidos hasta las 4 y 10 de la mañana, en que se reanudaría el viaje; segundo, que no podíamos descender del tren y tercero, que mantuviéramos las luces apagadas sirviendonos sólo de la luz azul de las bombillas, teniendo las cortinillas echadas, sin podernos asomar nada más que por las ventanillas de la derecha; lo que, de contravenir, podíamos recibir un tiro. Es de suponerse con la exactitud que cumplimos todos, conociéndose el remedio.

A las 11 de la noche todos estaban acostados después de terminar la cena casi a tientas. Mas por mi propio de-

seo, me quedé levantado haciendo esta guardia voluntaria, por si ocurría alguna novedad. Como por las ventanillas del lado derecho me podía asomar, allí me entretuve fumando y mirando lo poco que había que ver. Nos habian alojado de la estación y estabamos situados a la izquierda de un centro de varios kilómetros, en un enrucijado de vías casi todas llenas de vagones, con los que se hacian maniobras. No se veía a nadie ni más señales de vida que el ruido de las máquinas y el choque, de vez en cuando, de los topes de los vagones. Esta monotonía la interrumpía alguna vez, algun vertiginoso tren que pasaba por el lado, al que no nos podíamos asomar. Cuando llegó la noche cerrada, en aquella masa obscura y sin fin, sólo se veían a cierta dis

tancia algunos discos que se trocaban de rojo en verde y un sólo foco de luz blanca, muy alto, que iluminaba en corta extensión lo que desfilaba ante él.

A las 12 de la noche, un hombre vino hacia nuestro vagón: un empleado que, previo levantar su farol para verme mejor la cara, me preguntó algunos detalles relacionados con nuestro tren; lo hice subir y lo puse en contacto con el Sr. Bejarano para no despertar al Sr. Sotomayor, y tomé unos datos en una hoja que escribí.

Otra vez la calma y, exactamente a la hora prefijada, 4 y 10 de la madrugada, se puso en marcha nuestro tren sin más aviso que empezar a andar. Tanto desde aquí como el trayecto anterior no era ninguno de los normales usados.

A las 8 menos cuarto de la mañana del día 7, entrabamos en Hendaya, en donde estuvimos mucho tiempo parados y que aprovechamos para desayunar en la fonda de la estación.

A las 9 menos 23, atravesabamos el punte internacional de Irun; un momento emocionante para mí: Entraba en España desde aquella azarosa noche que salí a la una menos veinte de la madrugada del día 8 de febrero. Siete meses en total, pero para lo vivido me representaban años. De nuevo veía a nuestra bandera en el mismo sitio de dónde fué arrebatada, durante cuya ausencia tenemos tanto que recordar. En mi equipaje venía la grande que me mandé hacer en Ginebra y que me sirvió de compañía en mi cuarto durante mi estancia en el extranjero, a la que nunca le faltaron unas flores en memoria de todos los que cayeron.

Llegamos, pues, a Irún. Aquí se va a hacer una parada larga como para cambiar todo lo transportado a los vagones españoles.

Y voy a quedarme sólo al cuidado del tren que se está formando para acompañarlo hasta Madrid, en unión de Macarrón (que, como se recordará, fué llamado a Ginebra para que embalara las obras para su regreso), porque el Sr. Sotomayor y su hija Pilar rindieron aquí viaje por necesitar continuarlo a San Sebastian, como asimismo se despidieron el Sr. Muguruza, Director General de Recuperación, que con su señora habian de partir para Paris. Los Sres. Bejarano y Palacios, diplomáticos españoles, igualmente se despidieron para rutas distintas.

Nueva revisión de nuestros pasaportes y equipajes;

y nuevo tren acondicionado con el transbordo de nuestra extraordinaria mercancía.

Así, este día 7 de setiembre de 1.939, pasada ya su noche, a las 12 y cuarto de la madrugada, salió este convoy con dirección a Madrid, punto de su destino definitivo; aquel Madrid lúgubre y sin luz, entonces, del que salí en la madrugada del 26 de diciembre de 1.936. Y, a la una menos cuarto, llegamos a San Sebastián.

Mas el fatalismo nos va a reservar todavía algo cuando el viaje se deriva ya por nuestro propio suelo.

Al detenerse el tren en esta primera parada, en San Sebastián, se me ocurrió darle un vistazo, para lo que tuve tiempo, dado que quedó detenido por unos minutos hasta que se nos concediera vía libre en combinación con los tre-

nes ordinarios de la red.

Sin duda esta ocurrencia de revisar el tren fué de inspiración divina, porque no había porqué examinar vagones, acabados de cargar, en sus primeros 17 kilómetros de recorrido; pero la Providencia, obró por medio de mí.

Puede juzgarse de mi sobresalto cuando observé que el estibado de las cajas grandes que contenían "Las Meninas" de Velázquez y la "Familia de Carlos IV", de Goya, habían cedido y tales embalajes se habían torcido hacia afuera del vagón, descentrándose en poca distancia pero más que la suficiente para que al pasarse por el primer túnel, hubiera ocurrido la catástrofe más grande que se puede imaginar; ya que al engancharse las mencionadas ca-

jas hubiera sido ya todo el tren descarrilado y desecho en tal paso interior. Corrí a comunicar ésto a Macarrón, que, como persona tan entendida en estos problemas, podría apreciarlo mejor; saltó rápidamente del coche en donde se encontraba ya acostado, y vino a verlo terminándose de vestir por el camino, comprobando, en cuanto lo vió, de que no había duda.

El problema era mayúsculo. Lo primero fué ir Macarrón a ponerse al habla con el Jefe de la Estación para que suspendiera la salida del tren, lo que fué laborioso porque ya estaban combinados los cruces y horas, al minuto, de las reservas de vías. Después, con mucha lentitud, para que no hubiera nuevos movimientos en la carga, se cambió el tren a una vía muerta. A esta alta hora de la noche no cabía ha-

cerse otra cosa sino esperar a que viniera el día. Sin embargo, Macarrón telefoneó a varios sitios. La escolta de este tren, compuesta por el Cabo de la Guardia Civil, Don Nicolás Mateo Ganez, con quince números de la Comandancia de Guipuzcoa, y los Agentes Don Isaias San Miguel Torres, Don Andrés Rodríguez López, y Don Virgilio Verona, de la Brigada Móvil de la Dirección General de Seguridad, montaron la guardia y nos acostamos.

A la mañana siguiente, día 8 de setiembre de 1.939, en vista de las gestiones hechas por el Sr. Macarrón, la noche anterior, vino un Inspector de Ferrocarriles, el Subjefe de Vías y Obras, y el encargado de una casa particular titulada Lasarte, con material de carpintería y opera-

rios, y, de acuerdo con el Subjefe de la estación de San Sebastián, se procedió a la nueva colocación de las cajas descompuestas y se comprobó por último su buen paso por el gálibo. Esta comprobación era muy importante. La máxima altura que concede el gálibo son cuatro metros y cuarenta centímetros y aún quedaban unos centímetros de holgura con relación a éste, mas el beneficio que arroja la diferencia hasta 4'50 que tienen los túneles. De todas formas, considérese con la precisión que tenían que ir las cajas, sujetas al inevitable traqueteo, por cuanto que la diferencia de éstas a el techo centro de los túneles, era de unos 16 centímetros, y una desviación hacia uno u otro lado, de unos decímetros, era suficiente para tropezar. Por ello, por los Técnicos

ban mucho y el maquinista siempre me daba la misma respuesta: "La máquina tiene mucho peso (no sé si me dijo que ran 12 toneladas) y como la mercancía que llevamos representa poco peso para ella, he de ir frenando, casi siempre, para evitar lo que usted dice".

A las 6 y 20 llegamos a Alsásua. Aquí se paró 15 minutos para cambiar la máquina eléctrica por una de vapor. A Vitoria se llegó a las 8 y 5 y a Burgos a las 12 menos cuarto de la noche, de donde arrancamos a las 12 menos tres. Todo marchaba bien y en el resto del viaje no hubo nada nuevo que consignar. En Miranda subió D. Donato Giralda, Vigilante de Servicio del Movimiento del Norte, para cumplir con su vigilancia.

Ya vamos acercándonos a nuestro final. Al llegar a él

Escorial se paró porque venía ardiendo la pieza de un éje del furgón de cola; pero, examinada, la dejaron arder ya que este vagón representaba nada más que un contrapeso para el tren del que no convenía separar y el accidente no revestía importancia.

Y llegó la deseada hora: a la 1 de la tarde del día 9 de setiembre de 1.939, entrabamos en la Estación del Norte de Madrid. Gran movimiento para recibir a este tren, al que se le hizo un recibimiento lleno de júbilo. En el andén lo esperaba el Director General de Bellas Artes, Sr. Marqués de Lozoya, Don Fernando A. de Sotomayor, y las personas más destacadas del Servicio de Recuperación.

Pensaba estrechar muchas manos pero no alcancé más

que la de mi Director. Todos corrieron hacia la mercancía, de la que en seguida se hizo cargo el Servicio de Recuperación.

Aquí había terminado mi cometido y habían cesado mis preocupaciones; pero habiendo estado al lado de los cuadros dos años y ocho meses, se me hacía raro separarme de ellos.

La furgoneta que esperaba el Sr. Macarrón me la cedió y en ella con mi mujer y mis hijas y nuestras maletas, más también con el arquilla de mis materiales de restauración, partimos para la casa de un familiar. Volví adonde teniendo todo, porque estaba entre los míos y sobre mi suelo no tenía ya nada: mi casa en Aravaca, que mencioné al principio de este relato, había tenido el fin que yo supu-

se entonces cuando le eché la llave a su puerta; no conservaba mas que el muro exterior y no completo y por entre los escombros no encontré ni el más pequeño recuerdo de lo que tenía.

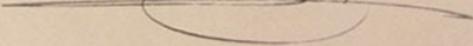
Al día siguiente de mi llegada me presenté en el Museo del Prado para tomar nueva posesión de mi destino. Mi primer trabajo en el Prado fué reanudar la restauración de los cuadros de Goya el "Tres de Mayo" y "La carga de los mamelucos". Parece que me los escogió la fatalidad, para que tantas veces tuviera que estar viendo el espectáculo que prácticamente llegamos a vivir.

Los tenía terminados de restaurar en el día que S.E. el Jefe del Estado visitó el Museo. Ante ellos fui pre-

sentado a Su Excelencia por el Sr. Sotomayor, nuestro Director, y requerido le di las explicaciones sobre el accidente que tuvieron estos cuadros - ya relatado -, y el proceso de su arreglo.

Madrid, 1º de agosto de 1.949.

Manuel de Arpe



Viene de la página 159.

226.

En el año 1950 el Excmo. Sr. General Don José Millán-Astray me sorprendió con una prueba más del cariño que me tiene dirigiéndose al Señor Ministro de Educación Nacional, con carácter particular y como Procurador en las Cortes, pidiéndole para mí el ingreso en la Orden Civil de Alfonso X el Sabio.

Tal e inmerecida distinción me fué concedida y vino publicada con fecha 27 de noviembre de 1950 en el "Boletín Oficial del Ministerio de Educación Nacional" con el siguiente texto:

"Iltmo. Señor: De conformidad con lo prevenido
"en la letra a) del artículo segundo del Reglamento de 14 de abril de 1945, y en atención a los méritos y circunstancias que concurren en don Manuel de Arpe y Retamino.
"Este Ministerio ha dispuesto concederle el ingreso en la Orden Civil de Alfonso X el Sabio, con

"la categoría de Encomienda.

"Dios guarde a V.I. muchos años.

"Madrid, 5 de octubre de 1950

IBANEZ MARTIN

"Ilmo. Sr. Subsecretario de este Ministerio.

Y en fecha 2 Diciembre 1950 me fué impuesta la preciada condecoración por el propio Señor Ministro en un acto solemne que se celebró en el Museo Nacional del Prado.

